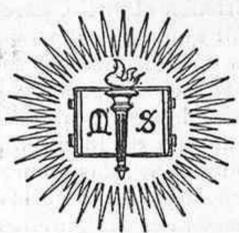


Ilustracion

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Artística

Año XIV

BARCELONA 17 DE JUNIO DE 1895

Núm. 703



CARMENCITA

copia directa de un cuadro de Enrique Serra

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. Cristóbal Oudrid*, por F. Moreno Godino. — *Exposición nacional de Bellas Artes*, por R. Balsa de la Vega. — *Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Un buen tío y un buen cura* (continuación), novela original de Juan de la Brete, con ilustraciones de Cabrinety, traducción de Carlos de Ochoa y Madrazo. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Prensa de aprestos por medio de la electricidad*, por V. — *Historia de los coches automóviles*, por Gastón Tissandier. — *La Exposición universal de París de 1900*, por Max. de Nansouty. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Carmencita*, copia directa de un cuadro de Enrique Serra. — *Cristóbal Oudrid.* — *Penosa jornada*, cuadro de Matías Schmid. — *Tipos de la «pelouse» y del «pesage» en el hipódromo de Longchamps, París.* El «Grand Prix» de París: *Antes de la carrera: La partida*, tres dibujos de Salvador Azpiazu que ilustran el artículo que lleva por título *Crónica parisiense.* — *La danza de las flores*, cuadro de José Llovera. — *El gran cementerio*, cuadro de F. Miralles (Exposición general de Bellas Artes, Madrid). — *Los franceses en Madagascar.* El mirador, puesto de observación ocupado por una compañía de tiradores malgaches. — El eminente poeta D. José M.^a de Heredia, recientemente ingresado en la Academia Francesa. — El ilustre compositor Francisco Suppé, recientemente fallecido. — *Enrique Irving*, eminente actor inglés. — *Prensa de aprestos calentada por electricidad.* — Figs. 1, 2 y 3. *Coches de vapor de Cugnot*, de Trevithick y de Gurney. — *El gigante egipcio Hassan Ali.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Las recepciones académicas en París. — El poeta Heredia y su discurso. — La contestación de Coppée. — Cuba y Heredia. — Un libro alemán acerca del descubrimiento de América. — Influencia de la Europa Boreal en la obra de Colón. — Una recepción en la Academia Española. — Reflexiones. — Conclusión.

Regalo del alma toda fiesta intelectual. Ir á un museo donde se revelan los ideales en formas hermosísimas; contemplar una tranquila noche desde buen observatorio las estrellas; asistir á recitaciones de versos, como los de Zorrilla ó Hugo, por los propios inmortales poetas; escuchar un discurso de Lamartine ó de Donoso; personarse en recepciones académicas que os ofrecen espectáculos como el chispazo y relampagueo de ideas altísimas luciendo á los ojos y penetrando por los nervios, es ocupación religiosa, como pueda serlo el presenciar las liturgias y ceremonias de un culto. Aquí no sabemos cuánto embarga el espíritu de la buena sociedad parisiense ó la candidatura para un sillón vacante ó la fiesta literaria que sigue á cada designación de académico. Llegan á formarse partidos numerosos en París por unos ú otros candidatos, así como á constituirse bandos gratuitos de alabarderos, tan dispuestos al aplauso como los alabarderos pagados de las representaciones teatrales. Imaginaos qué habrá sucedido en la recepción del cubano Heredia, tan glorioso y tan aplaudido por un ramillete de versos que dentro del puño caben y se distinguen por su perfección literaria. En el amor á lo extranjero y á lo exótico, reinantes hoy sobre Francia, quien ha vuelto desde su desamor al inspirado Wagner á un culto fervoroso por el genio escarnecido antaño, y desde su indiferencia glacial hacia lo publicado allende sus fronteras á una especie de neurosis por el ruso Tolstoy, por el noruego Ibsen, por el flamenco Maeterlinck, proclamados excelso, no diré sin juicio, pero sí diré sin examen, lógico el entusiasmo por un tropical que tiene algo del cóndor según su vuelo, y algo del colibrí según los colores de su imaginación, y algo del sinsonte según la melodía de sus versos. El Sr. Heredia no podía menos de recordar á Cuba su patria, creyéndose como se cree á sí mismo descendiente de los descubridores. ¡Y cuál soplo cargado de aromas picantes y de polen fecundísimo y de vibraciones tropicales no pasaría por el concurso parisiense al oír el nombre de la hermosa isla y renovar el recuerdo de su inmortal descubridor! Yo he leído y releído mil veces los concisos párrafos que Colón en el diario de su primer viaje consagra con acentos épicos á la invención de Cuba. Muy retenido antes, no suelta el freno á su admiración. Pero llegado Colón á Cuba, no se contiene ya su genio, no se reserva su estilo, no se limita su entusiasmo, estallando los vocablos y frases y pensamientos en fulguraciones como las que abrasan á un poeta inspirado cuando lo posee la fiebre de su inspiración, y en hipnosis extrañas como las que dominan á un místico cuando se anega con enajenación en el seno de Dios. Y todo lo justificaba el horizonte tropical inundado por intenso éter; el Atlántico entre azul celeste y opalado rosáceo, como una gigantesca madreperla; los arrecifes áureos esmaltados de conchas y nácares; las bocas de los ríos ceñidas con cañaverales bravos y bambúes flotando á guisa de florestas ó macetones móviles; los cayos cubiertos de follajes acuáticos animados por innumerables infusorios; en los lejos, montes y picos esmalta-

dos por un lila y un púrpura, cuyos tonos semejan á condensaciones del iris; los ramajes, tan intrincados que parecen muro impenetrable de verdura, y tan pintados y de tal brillo que parecen rica pedrería las flores y las frutas pendientes de sus varas; el voluble volar de las mariposas, en cuyas membranas, que les prestan y les sostienen el vuelo, parecen la gualda y el murice y el añil esmerándose para que finjan como ramilletes aéreos compuestos con todos los matices del prisma; los tejidos espesos de lianas ó enredaderas, que se extienden como alfombras pérsicas por el suelo bajo la umbría de los árboles que deslumbran los ojos con sus frondas y enloquecen el cerebro con sus esencias; el paso de las aves múltiples vestidas de plumajes deslumbradores como la sedería de Catay; los plátanos, de hojas tan amplias y de urdimbre tan fuerte, cual verdes mantos de terciopelo; los palmerales de cocos que salen del agua y llegan al empíreo; los helechos arborescentes al ingreso de las selvas vírgenes, formando por arriba como una bóveda impenetrable á los rayos solares y por las honduras como un océano de vegetación donde laten abismos llenos de vapores análogos con gasas de nubes indecisas; los maizales, de un verdor clarísimo, cargados con panojas que diríais torzales de sedoso brillo y cabelleras de áureo rubio; los palos campeches con sus pintores jugos y los guanábanos y los chirimoyos de regaladas frutas; los cactus con las estaturas del cedro y los caobos y los ébanos de sólidas tablas; las galegas medicinales con su estriado tronco; el diluvio de polen, las erupciones casi volcánicas de seres animados, la fragancia de olores trascendentes á muy apartados lugares, el fragor de una sinfonía compuesta con el concierto de las olas hirvientes y de los ramajes movidos por brisas y casi estallando al exceso de su savia; todo el conjunto aquel de vida exagerada recordando el paraíso sin males del Adán bíblico sin pecados en el minuto de levantarse nuestro primer padre al soplo divino para recoger en sus venas los primeros misteriosos efluvios de la vida universal.

Y he recordado esto, porque parecía que un cubano debiera llevar á París la exuberancia tropical, no la perfección ateniense ó florentina. Tomaría, sin embargo, por un heleno de aquellos que, junto á un mar celeste y sin tempestades, bajo un cielo sin vapores de nubes y sin agitaciones de vientos, sobre un suelo sin vegetación compuesto por piedras desgajadas del Pentelicio, cincela con buril agudo en sobrios dibujos figuras sugeridas por los versos serenos de Mosco y de Teócrito. Nuestro Lucano, tan enfático; nuestro Góngora, de tantas hipérbolés; nuestro Calderón, guardando en cada imagen de las más externas un interno sublime pensamiento, parecen más del trópico y sus exuberancias que tal cincelador de frases hechas con el martillete usado por Arfe para golpear en el oro de sus custodias, ó con las pinzas de que Cellini se valía para coger las perlas y los aljófares de sus joyas. Así al lado de nuestro Heredia se nos aparece Víctor Hugo, como junto al joyero florentino su paisano Miguel Angel llevando rayos en la frente, huracanes en las barbas; y se nos aparece Lamartine como un Rafael pintando sus melodiosas Vírgenes y sus estancias celestiales, de una suave armonía, no discorde con lo épico de aquellos asuntos y lo sublime de aquellos personajes. *La leyenda de los siglos*, el poema puesto por Víctor Hugo en frescos murales que trazaran pinceles fulminantes como los manojos de llamas y centellas empuñados por Polifemo y Encelado, en Heredia se ofrece como una serie de camafeos hechos en piedras preciosas, pero tan diminutos, que para ver toda su perfección indudable necesitáis valeros de un vidrio aumentativo á través del cual se agranden y se pongan como de relieve y de bulto en vuestra personal admiración. Bien es verdad que tan eximio poeta, nacido en mares de vida inmensos y profundos, en los mares antillanos, se recluyó desde niño dentro de la Escuela de Cartas, respirando en vez de polen difundido por las palmas, los átomos y particulillas despedidos del viejo y empolvado pergamino en aquella Escuela. Creyendo yo que quien lo hermoso no admira es porque no puede mirarlo, uno mi aplauso al aplauso universal tributado en todos los pueblos á la coronación académica del gran poeta. Pero le mentaría, mentaría también á mi corazón y á mi conciencia si le callase cuánto me ha dolido leer que se llamase dos veces francés, cuando se nace sólo una vez, y esta vez nació Heredia español. La patria no es el blasón que se cuelga de una puerta para olvidarlo después ó exhibirlo en raptos de orgullo á la vista del huésped; es como el alma de innumerables generaciones que van dentro de nuestra propia alma, y quien la olvida ó la sustituye por otra patria, reniega de sí mismo renegando de sus padres. No hay honor en la tierra que supere al honor de haber nacido español. Yo tra-

duzco lo del inglés: «Si no hubiera yo nacido en España, querría ser de España.» Mi patria y mi madre se han confundido para mí en una sola religión y en solo culto. Y crea Heredia que cuando se lee su discurso, de un francés tan contrahecho, y se le compara con el discurso del buen Coppée, de un francés tan espontáneo, se ve que el uno está en las escuelas de Cartas aprendido y el otro aprendido en las calles de París. No será francés todo aquel que quiera serlo.

Nuestro bueno y excelente amigo, el insigne literato alemán Fastenrath, que desde Colonia sigue con atención entusiasta el movimiento literario y científico de España, cual si estuviera en Madrid ó en Barcelona ó en Sevilla, y que nos manda continuamente sus libros con recuerdos y expresiones á esta segunda patria suya, danos muestra novísima de su acendrado hispanismo, consagrando un libro como suyo al descubrimiento de América. Mas á pesar de la predilección patente por el país que inspiró á Mozart su *Don Juan* y á Schiller su *Don Carlos*, no deja de buscar con diligencia y encarecer con exceso la participación que le cupo á su gente germánica en las exploraciones oceánicas y en los descubrimientos terrestres de nuestra maravillosísima edad creadora, la edad de los hallazgos españoles. Contamos en este punto nosotros tal copia de tesoros gloriosísimos, que podemos á nuestra guisa derrocharlos, sin temor de extinguirlos. Mas aparte del dato que llevó á la mente de Colón en Lisboa la noticia de los cálculos acerca del grandor de nuestro planeta hechos por Behain en la célebre ciudad de Nuremberg, aquel cosmógrafo que desde lejos instruyó á Colón, como pudiera instruir Regio Montano á Copérnico, pero que no fuera Colón, cual tampoco fuera Copérnico Montano, desconozco qué magna parte pueda tocar á los alemanes digna del agradecimiento universal. En las razas del Norte sólo hay dos familias de pueblos descubridores, la familia sajona en sus trasplantes á Inglaterra, y la familia escandinava, con especialidad las naciones danesa y noruega. Desde Islandia nada más fácil á los normandos que ir hasta los extremos boreales del Nuevo Mundo y topar con las islas del mar Glacial que se acercan á su polo Norte. Pero nunca se puede por esto asegurar que hallaran todo el continente americano y que tuvieran el derecho de los españoles á creerse sus reveladores. América fué descubierta por España y sólo por España. Mas nos vamos engolfando en disecciones eruditas y debemos dar cuenta de una recepción académica de Madrid, la recepción del insigne literato Sellés en la Española. De prensa y de periódicos ha disertado mi colega en discurso de muy correcto estilo y de fondo conceptuoso é ingeniosísimo. Contestóle mi amado genial amigo Echegaray. Cuando tengo en mis manos un periódico, cuando recorro sus columnas, cuando considero la rica diversidad de sus materias y la copia increíble de sus noticias, no puedo menos de sentir un raptos de orgullo por mi siglo y de compasión hacia los siglos privados de tal portento del humano trabajo, la creación más milagrosa entre nuestras creaciones. Todavía comprendo sociedades sin máquinas de vapor, sin telégrafos y teléfonos, sin las mil maravillas que la industria moderna sembrara en las vías triunfales del progreso, adornadas de monumentos imperecederos; mas imposible para mí una sociedad sin ese libro inmenso de la prensa diaria, en el cual se registran por una legión de escritores, que debían ser sagrados, nuestras angustias, nuestras vacilaciones, nuestros temores y los grados de perfección que vamos alcanzando en las cristalizaciones lentas del ideal de justicia sobre la faz de nuestro planeta. Los antiguos imperios de Asia tenían un colegio de historiadores muy venerados. Y algo de tal ministerio tiene la prensa diaria, sin que nosotros por crearla tan útil vayamos á declararla infalible y mucho menos impecable. Pero apagada en los pueblos, y veréis cómo se mascan las tinieblas y se impone á todos una terrible tiranía. Y la prensa, con darnos tales provechos, nos da también la gloria inmarcesible de su rica literatura, elevada entre los españoles á cumbres tales, que no podemos envidiar en esto á ningún otro pueblo. Así aplaudimos con aplauso sincero el tema escogido por Sellés, en parte alguna de tanta oportunidad como en el seno de la Real Academia Española. Pero debo decir á mi compañero y amigo que descuidó un tanto la historia de tal institución y olvidó mencionar aquellos héroes de la pluma, los cuales, durante la edad épica de nuestra revolución, llegaron á cambiar con un artículo toda la faz de nuestra sociedad y hacer temblar sobre sus cimientos las instituciones más arraigadas en el espacio y más seculares en el tiempo. La historia de los grandes principios y de las instituciones progresivas encierra en sí una viva filosofía.

Madrid, 6 de junio de 1895.



SEMBLANZA

— Oiga usted, Oudrid, ¿cuándo y á qué hora estará usted en casa?

— ¿Para qué?

— Para leerle una zarzuela.

— No, en mi casa no: siempre estoy en la cama ó haciendo música ó aseándome. La leeremos en el teatro, en los entreactos ó después de la función.

Este diálogo indica que Oudrid nunca tenía casa para los demás. Yo no sé de nadie que haya pisado la casa de Oudrid, lo cual daba lugar á comentarios y suposiciones. Ventura de la Vega, hijo del insigne escritor y hermano del donoso sainetero, á quien todos llamábamos Venturita, aseguraba que había descubierto el secreto. Según él, Oudrid tenía en su casa una señora italiana paralítica, antigua amiga suya, gran compositora de música, y que escribía al maestro todas sus partituras. Lo cierto era que la impenetrabilidad en su casa constituía una de las muchas particularidades de aquél. En cambio, si no en su domicilio, se exhibía en público en todas partes, desde las nueve ó diez de la mañana hasta las tres ó cuatro de la madrugada. Atildado, cuidadosamente peinado, limpio como los chorros del oro, Oudrid no permitía que ni la más imperceptible mota invadiera su traje, y continuamente se las estaba quitando con las manos. Tanto aseo era ofensivo y desesperador. A veces subía una multitud de gente por la calle de Alcalá ó Carrera de San Jerónimo, presurosa y azorada porque habíala sorprendido en el Prado ó Recoletos un turbión de agua ó viento: todos venían polvorientos ó mojados, y Oudrid entre ellos, tan resplandeciente de aseo como de costumbre: parecía que andaba metido en un fanal invisible. ¿Cuándo dormía? ¿Qué talismán de repulsión poseía contra la suciedad? Venturita, tomando una frase de Shakespeare, decía que «Oudrid había matado al sueño.» La figura del popular maestro ofrecía también particularidades. Alto, de buena presencia, sus formas estaban demasiado redondeadas. Era imberbe, y sólo un conato de bigote sombreaba su labio. No parecía español, sino piamontés, y en resolución, su aspecto hubiera sido afeminado sin la expresión maliciosa y picarresca de su fisonomía. En cuanto á su parte moral, se escurría al análisis, como la anguila de entre las manos; sin embargo, pueden marcarse tres puntos salientes en su carácter: era mujeriego, rencoroso y de mala lengua: Oudrid sólo vivía por y para esta trilogía; no tuvo nunca más inclinaciones, vivió sin amistades, y, por lo menos aparentemente, sin aficiones. Tenía una erudición musical asombrosa y cazaba al vuelo los plagios ó repeticiones de sus compañeros de profesión. Cuando no dirigía orquesta, oía en el escenario el estreno de partituras: se cantaba una pieza y Oudrid exclamaba: «¡Aubert! ó ¡Stradella! ó ¡Cimarosa!» A todos los maestros les había puesto motes, según las aficiones musicales de éstos; sólo á uno muy italianizado le llamaba Pórrora, y explicaba el contrasentido porque el susodicho maestro tenía una *discípula* predilecta, que llevaba el mismo nombre que la heroína de la célebre novela de Jorge Sand, entonces muy en boga.

Pero la pasión culminante de Oudrid eran las mu-

jes de teatro: no concebía otras, no porque fueran más fáciles, sino porque *estaban en su atmósfera*, según él decía. El sol, las calles, los paseos,

las demás diversiones, eran para él cosas accidentales: sólo respiraba á sus anchas en los escenarios, en los cuartos de las cantantes y con luz artificial.

El susodicho Venturita compuso la *Letanía de Oudrid*. Yo recuerdo algunas frases: estaban en latín macarrónico; pero voy á citarlas en castellano, porque descubren la hilaza del maestro.

Son las siguientes y necesitan explicación:

«Tenorio del espanto.»

«Conquistador por la tremenda.»

«Baratero del amor.»

En efecto, Oudrid era todas estas cosas, aunque algo exageradas; pues al fin y al cabo, por buen mozo, elegante y de conversación ingeniosa, no debía ser repulsivo á las mujeres; sin embargo, como era frívolo y veleidoso, para rendir á tantas tenía que valerse de armas de mala ley, cuales eran su fama de vengativo y mal hablado. La incisiva característica señora Baeza solía decir: «Con todo el mundo en guerra, menos con Oudrid é Inglaterra;» y esta frase, que cundió por lo interior de los teatros, creó al maestro una reputación de *temerón*, que preocupaba á todas cuantas él ponía la proa. Dado su carácter rencoroso, como maestro atendido por las empresas y como director de orquesta, casi siempre tenía medios de vengarse de desaires, haciendo *embrollarse* en escena á una cantante, ó valiéndose de otros procedimientos; he aquí algunos: una de las cantantes que hacía el papel de ciega en *Los Magyares* acostumbraba á ponerse zapatillas durante los entreactos. Oudrid acechó ocasión y untó de pez el calzado que aquélla sacaba á escena: la avisaron la salida, calzóse precipitadamente, el cuarto estaba en el mismo escenario, y la pobre mujer, ya ante el público y en situación de acción muy movida, se tambaleaba y se la pegaban los pies á las tablas, produciéndose la chacota consiguiente. En otra ocasión, cuando una triple cantaba una romanza muy poética en la que decía:

Baña el claro y azul cielo
la luna con su fulgor...

Oudrid, que no dirigía, hizo sonar la caja de los truenos, que estaba en una escalera del teatro de la Zarzuela, y... ¡figurense ustedes!

Se encaprichó mucho por una corista que se le resistía. Una tarde de ensayo la dijo: «Esta noche no hay función: aprovechémosla para comer juntos. Voy á su barrio de usted á un asunto, y dentro de una hora la aguardo en la puerta de su casa, para que avise que no come en ella.» La corista no contestó; pero Oudrid quiso interpretar su silencio por asentimiento. La esperó, como había dicho, más de una hora; no se atrevió á volver al teatro por recelo de que ella viniese por otro camino, y creyó excusado subir al piso, puesto que él no la había visto entrar. Al día siguiente ella le dió explicaciones que le satisficieron á medias; mas posteriormente supo que la casa de la corista, situada en la calle de Valverde, tenía comunicación con la de Fuencarral, y que por consecuencia aquélla habíale hecho sufrir un plantón. El maestro no se dió por entendido. Uno de los días de Carnaval, en el baile de la Zarzuela, invitó á cenar á la *burladora*. Cenaron en el intermedio, é inmediatamente después ella mostró deseos de volver á su casa. Oudrid quería tomar un coche.

— No, le dijo la corista; estoy algo mareada, el aire me hará bien.

— Supongo que sí, para lo cual, si á usted le parece, bajaremos al Prado por la calle de la Greda y subiremos por la de Alcalá; con eso veremos el pez nacarado.

— ¡Un pez! ¿Qué pez es ese?

— ¡Cómo! ¿No sabe usted? Pues todo Madrid va á verle. Es un pez filipino que han echado al pilón de la Cibeles...

— ¿Y qué tiene de particular?

— Que es más grande y vistoso que los demás peces. Su cabeza es como una bola que brilla como un diamante, y el resto del cuerpo parece hecho de nácar.

— No tenía ni la menor noticia.

Bajaron, en efecto, al Prado. Al llegar á la esquina de la casa de Alcañices, hoy Banco de España, Oudrid iba á enfilarse la calle de Alcalá; pero la corista le dijo:

— Qué, ¿no vemos el pez nacarado?

— ¡Ah! Sí: ya no me acordaba.

¡Mentira!

Se acercaron á la fuente de la Cibeles, que entonces no tenía la barandilla con que después la rodearon: asomáronse ambos al pilón; ella, por ser bajita, muy empinada sobre la punta de los pies.

— No veo ningún pez.

— Ya saldrá. ¡Como no le hemos anunciado nuestra visita!.. ¡Ah! Ya me parece que le veo.

— ¿Dónde?

— Aquí, debajo de nosotros. Asómese usted bien.

La corista se empinó más: entonces Oudrid, con un movimiento rápido, asíóla por las piernas, la zambulló de cabeza en el pilón y se alejó de prisa. La noticia del chapuzón propalóse por los coliseos. Un hermano de la víctima, ex marino, que se las echaba de guapo, desafió al maestro; éste le partió la cabeza de un sablazo, y con el duelo y la aventura del pez nacarado se consolidó su reputación de *Tenorio del espanto*, como rezaba Venturita en su letanía.

Pero las mujeres acorraladas por Oudrid tenían una vengadora en doña Marta Revé, dama antigua y consagrada por el uso, andaluza con ribetes de literata é ínfulas musicales, que daba en su casa reuniones de escritores y músicos de pacotilla. Enamoróse ésta perdidamente del autor de *Moreto* y le acosaba en todas partes donde le veía. Le tomaba la cara, diciendo estas ó parecidas cosas: «¡Ah, mi hermoso músico, vale usted más que la Giralda y el Alcázar y la Torre del Loro y la Alhambra y todas las cosas bonitas que hay en Andalucía! Si sigue usted no haciéndome caso, voy á concluir por tirarme por el Tajo de Ronda.»

El lector comprenderá que doña Marta estaba loca.

Y ¡cosa rara! ¡Misterio psicológico que ni la psicología podría aclarar! Oudrid, tan descarado con hombres y mujeres, se azoraba en presencia de la vieja erótica, quedándose como hipnotizado. Hacía propósitos de *reventarla de una patada*, y cuando volvía á verla experimentaba nueva fascinación. La noche del estreno del *Molinero de Subiza*, la preciosa jota valióle al maestro un éxito tan ruidoso como merecido; pero la presencia de doña Marta Revé, que le esperaba á la salida del teatro, le proporcionó un ataque de bilis mayúsculo.

Era Oudrid muy ocurrente: parecía madrileño, aunque no lo fuese.

— ¿Sabe usted, maestro, que Pablo Iradier se parece á usted?

— Sí, en que me debe un duro.

— ¿Conque Gaztambide, que nunca convida más que á sus contertulios, le ha invitado á usted para el día de su santo?

— Sí; pero yo no voy.

— ¿Por qué?

— ¿No sabe usted lo afrancesado que es Gaztambide? Necesitaría intérprete para hacer la digestión.

A los matrimonios sin hijos les llamaba *Abelardos*, á las coristas no agraciadas *Cari-feas*. Decía que el cerdo y la mujer son las bases de la creación: la materia y el espíritu. Aseguraba que su nombre de Cristóbal era una corruptela del de Tubal, inventor de la música, y explicaba que ésta es la lengua universal, porque no dice nada, dejando al que la oye que se diga lo que quiera. En una ocasión, la citada característica Baeza le dijo en broma:

— ¿Pero por qué no me hace usted el amor como á todas?

Y Oudrid contestó:

— ¡Ay, señora, porque usted es la Oudrid de las mujeres, y pan con pan no nos sabría á nada!

Meses antes de morir se enamoró de veras de una conocida ramilletera; pero ella no le hizo caso: es más, viendo que la rondaba, le dijo: «Oiga usted, señor Oudrid, conmigo pierde usted el tiempo. ¡Sé cómo las gasta usted con las mujeres; pero tenga entendido que si yo me cuelo alguna cosa, le arranco esos cuatro pelos que tiene por bigote! Conque al avío.»

Y por fin, la casualidad, que no me atrevo á decir la Providencia, castigó al maestro por do más pecado había. Iba una tarde por la calle del Turco, embebecido en ver los bajos de una señora, algo remanada por causa de la lluvia, y metió una pierna por el agujero de una losa que daba descenso á la alcantarilla. Llevó un golpe tremendo, y desde entonces perdió todas sus energías intelectuales y físicas. Pasó una temporada en el Escorial para reponerse, y allí quiso escribir música para un libreto que tenía, titulado *Los cazadores*; pero según decía él mismo: «Pensé escribir una introducción venatoria y me salió un *De profundis*».

En resumen: Oudrid fué un excelente compositor de música, inútil á los hombres (excepto en su arte) y calamitoso para las mujeres.

F. MORENO GODINO

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES

III

Llaman la atención entre las obras escultóricas expuestas, en primer término el grupo en yeso titulado *El sacamuelas*, del joven escultor asturiano Folgueras, autor de *Los primeros pendientes*, premiado en la Exposición nacional de 1890, y la estatua sedente de *Séneca*, obra del artista cordobés Inurria.

Ambos escultores pertenecen al grupo de los que buscan la verdad únicamente en la forma, estudiando el modelo con excesiva escrupulosidad anatómica. Ya he dicho en mis anteriores artículos cómo, á mi juicio, tal camino es de los que llevan á la anulación de las genialidades que son características del verdadero artista, pues convierten á éste en hábil mecánico, haciéndole descender de las regiones donde se columbra el verdadero concepto de la belleza á lugares donde, según la gráfica expresión vulgar, *no se ve más allá de las narices*. Pero dentro de ese rumbo naturalista y modernista que sigue la escultura del día, Folgueras é Inurria se nos muestran como maestros. *El sacamuelas* es un grupo estudiado con gran detenimiento, con un dominio notable de la técnica, si bien algo monótona la ejecución y disposición de los pliegues. Las actitudes del paciente y del dentista están sorprendidas con acierto digno de obra de más empeño, en la cual hubiera podido Folgueras demostrar cumplidamente lo que vale y lo que de un talento indiscutible puede esperar la escultura española. *El sacamuelas* reducido á una cuarta parte del tamaño que le dió su autor, sería un *bibelot* graciosísimo.

La estatua del filósofo cordobés Lucio Aneo Séneca, modelada por su paisano Inurria, tiene trozos admirables de ejecución, por ejemplo, la espalda y las manos. La cabeza, quizá demasiado recargada de detalles, resulta un poco dura, aun cuando con bastante espíritu. Toda la estatua carece de grandiosidad: he aquí el resultado inmediato de la tendencia á que aludo más arriba. Enfrascado el artista en el estudio de un trozo del natural, aquilata el detalle, olvidando el conjunto. Mas, á pesar de esto, la obra de Inurria hubiera sido propuesta para una medalla de oro, como el grupo de su colega Folgueras, si no desapareciera el torso del filósofo entre los pliegues de un manto colosal y hundido más de una tercera parte en los almohadones de la silla.

El afilador es otra de las esculturas que revelan en su autor Viciano y Martí á un artista de alientos grandes, si no se malogra por seguir la moda del naturalismo modernista. Representa esta estatua á un *amolador árabe*, afilando largo alfanje en una piedra de las destinadas á ese uso y que hace girar con el pie derecho.

Tiene esta figura un escorzo atrevidísimo. Violentamente inclinada sobre la citada piedra de afilar, no planta sobre el pie izquierdo lo suficientemente á plomo, para que no se le ocurra al que la contempla la idea de que aquel moro, en el momento mismo en que ponga en movimiento la cigüeña que hace girar la piedra, se vaya de cabeza sabe Dios adónde. Pero aparte de esto, como también dejando á un lado la escasísima importancia del asunto y sobre todo lo de no ser escultórico, no puedo menos de confesar

que á trozos está bien modelada la figura y en general dibujada con seguridad.

No pasaré adelante en esta reseña sin hacer unas ligeras reflexiones que se me ocurrieron contemplando las tres esculturas aquí descritas. La escultura propiamente dicha, no la talla en madera, apenas ha tenido cultivadores en nuestra patria. Al presente, número grande de jóvenes viene á probar al mundo entero que también en esta tierra el arte que inmortalizó á Miguel Angel, á los Leoni, á tantos otros grandes artistas del Renacimiento, que puso tan alto á los David d'Angers y ahora á los Fremiet, Carpeaux y Rodin, es arte que no tiene secretos para ellos, y que en la patria de Rosales y Fortuny, Domingo, Plasencia y Pradilla, existen émulos de los celebrados estatuarios franceses, belgas, ingleses y alemanes, cuyas obras admiramos diariamente. Pero si es cierto que, manejando el barro, copiando el natural, esos jóvenes no tienen por qué envidiar las dotes de aquellos, no es menos cierto que abandonados á su carácter impresionista, aceptan á ojos cerrados aquellos derroteros estéticos que un extravío ó un estragamiento del gusto impuso á una parte de los artistas franceses, llevándoles á buscar en el modelo lo que el modelo por sí solo no tiene, esto es, la belleza sintética, que solamente reside en la especie.

Pero aún sería esto disculpable si en el cuidado con que el escultor escogiese el modelo se viese una determinada tendencia á buscar la verdad dentro de aquella armonía de las partes en el todo, que debe dominar por completo, especialmente en la obra escultórica. Que la belleza no consiste en trazar figuras de líneas más ó menos delicadas y de facciones diseñadas con arreglo á un patrón, sino en dar á cada una aquel carácter propio que es peculiar del ambiente en que vive. Y me contentaría por ahora con esto; mañana, ante los *Burgueses de Calais* de Rodin ó ante la *Marsellesa* del arco de la Estrella, ya estudiaríamos por qué en lugar de *sacamuelas*, ó de figuras de viejo más ó menos vulgares, ó de tipos que ni tienen el valor de representar una colectividad, la más insignificante, no habían de esculpir algo digno de este siglo que muere y que tan gran importancia ha tenido en la historia de la humanidad.

Rodrigo Álvarez y Blanco ha modelado una estatua de *David* que tiene gran parentesco con *Apolo*, con *Narciso* y con otras estatuas clásicas. Yo, que reconozco las buenas cualidades de la obra del señor Álvarez, que veo con placer cómo este escultor no echa en saco roto las enseñanzas que ofrecen en sus obras griegos y romanos, quisiera sin embargo que fuese personal, que no olvidando lo que se debe al buen gusto pensara más en la verdad, y que nos mostrara cómo la siente él, no cómo la traduce de los clásicos. El Sr. Álvarez, que modela muy bien y que dibuja discretamente, no debió jamás irse por los trigos ajenos, sino por los que son de su propiedad, que los tiene, como acabo de decir, y pensar también que lo inverosímil no puede admitirse, como en efecto no se admite hoy en ninguna obra, y si esa inverosimilitud es cursi además, mucho menos. ¿No le parece que al pastor David, vestido con pieles de oveja, no le cae muy bien que digamos una cabellera peinada según la moda de los días de Pericles y sujeta con una cinta como si fuese cualquiera de las hetarias de la Grecia de Fidias?

Más me gusta, con sus desdibujos y con sus defectos de modelado, *El último viva* de Eugenio Carbonell. Para este escultor todavía hay asuntos grandiosos, todavía hay patria. Aquel soldado que cae lanzando con el último suspiro un viva á la patria, es una nota enérgica, vigorosa, que revela á un artista inspirado. Ángel Trilles, uno de los más notables escultores jóvenes que contamos, pero que tiene el defecto de no estar jamás en disposición de trabajar, exhibe una hermosísima cabeza de mujer, de líneas severas, de expresión sentida. Alsina figura con dos cabecitas de barro delicadamente modeladas. Claramunt ha enviado la estatua en yeso de *Un fraile mercenario tocando el violoncello*. Una estatua recomendable por más de un concepto, pues tiene trozos bien modelados, como la espalda, el pecho y las piernas; que está sentida en el movimiento total, aun cuando pueden señalarse algunos desdibujos y desproporciones, es la titulada *Remordimiento*, que modeló el Sr. Esmenota, profesor de la Escuela de sordomudos de esta corte.

Un aristócrata, D. Rodrigo Figueroa, hijo del marqués de Villamejor, es un artista que revela condiciones muy aceptables para cultivar con éxito la escultura. A esta exposición ha enviado el retrato en mármol de su señor padre, y ciertamente que no es, ni mucho menos, de los medianos, como parecido.

Perro salvavidas titula el escultor asturiano señor Menéndez un grupo del cual la figura más importante es, como puede suponerse, un perrito de Terra-

nova. Está discretamente ejecutada esta obra. Mejor me parece el *Primer intento* de Monserrat. Aquel niño que pretende dar solo el primer paso está graciosamente modelado. Soy franco, la *Modista madrileña* de Miranda y García no me hace *tilin*, ni como dibujada ni como interpretación del tipo. Conozco modistilla madrileña que desde la cabeza hasta los pies, toda ella es una maravilla... de dibujo, de líneas finas y elegantes como las quisieran para sí muchas de sus parroquianas aristocráticas. Moratilla, el autor de los *esfinges* que exornan la escalinata de la fachada de Levante del palacio de la Biblioteca nacional, ha presentado una estatua sedente, de medio tamaño, en mármol: representa al arzobispo de Lima, Excmo. Sr. D. José Sebastián Goyeneche; un jarrón estilo pompeyano (en bronce), y un *perro de muestra*, en bronce también. La estatua está bien dispuesta y los paños bien modelados. De Obregón (D. Augusto) la mejor obra es el retrato en escayola; el busto *Una manola* tiene trozos ejecutados con facilidad, por ejemplo la mantilla.

La señora del opulento capitalista Martínez Roda, además de proteger á los artistas adquiriendo sus obras, también se dedica al arte de la escultura que, según lo que puede juzgarse examinando los dos bustos retratos en barro cocido expuestos en el palacio del Hipódromo, no le ofrece grandes dificultades para el dominio de la técnica. Ambos bustos son retratos de su hija y están modelados con gran sentimiento del natural. Víctor Serveto no responde á lo que de él puede esperarse con su estatua *Jesús ante el pueblo*. Aparte del modelado y de la disposición de los pliegues de la túnica de Cristo y de otros detalles, en los cuales se advierte á un artista bueno, la totalidad de la figura ofrece una silueta angulosa, pesada. Yo creo que Serveto es capaz de hacer mucho mejor que esta estatua; y me apoyo para decirlo en la maestría con que aparecen ejecutados aquellos detalles mencionados.

Tres bronce, un busto, una *maskarilla* y otro *Jesús*, ha traído Vázquez (Jaime). La *maskarilla* está fundida en otra sacada directamente del natural; es el retrato terrible que suele hacerse cuando la muerte arrebató á un ser querido. La de *Jesús* está bien modelada y tiene cierta grandeza de líneas y éstas son reposadas. Sin embargo, me gusta más el alto relieve en mármol, representando la *Santa Faz*, de Carbonell, el autor de *Luis Vives*. El busto, tercera obra de Vázquez, es muy discreto de modelado y de dibujo; nada hay en esta obra saliente, ni tampoco nada que pueda criticarse.

Y aquí doy fin á la reseña de la sección de Escultura; no porque haya hecho mención de todas las obras expuestas, sino porque creo que después de las citadas, las demás no ofrecen interés suficiente para decir algo nuevo, cosa difícil en estas reseñas cortadas por un patrón todas, y que no tienen otro valor que el de dar cuenta lisa y llana de las obras más notables que se exhiben en estos certámenes, en los cuales se marcan los grados de temperatura que tiene el arte en España. Tan sólo apuntaré dos esculturas más, ejecutadas por Aurelio Carretero y M. Garnelo. La del primero de estos escultores lleva por título la leyenda siguiente: *¡Nació sin halagos, murió sin caricias!*, y representa una jovencilla, casi una niña, mal trajeada, con la faz demacrada, tendida en la tierra; la obra del segundo es un grupo en el cual se ve también un hombre muerto; se titula *Muerto por la patria*.

* * *

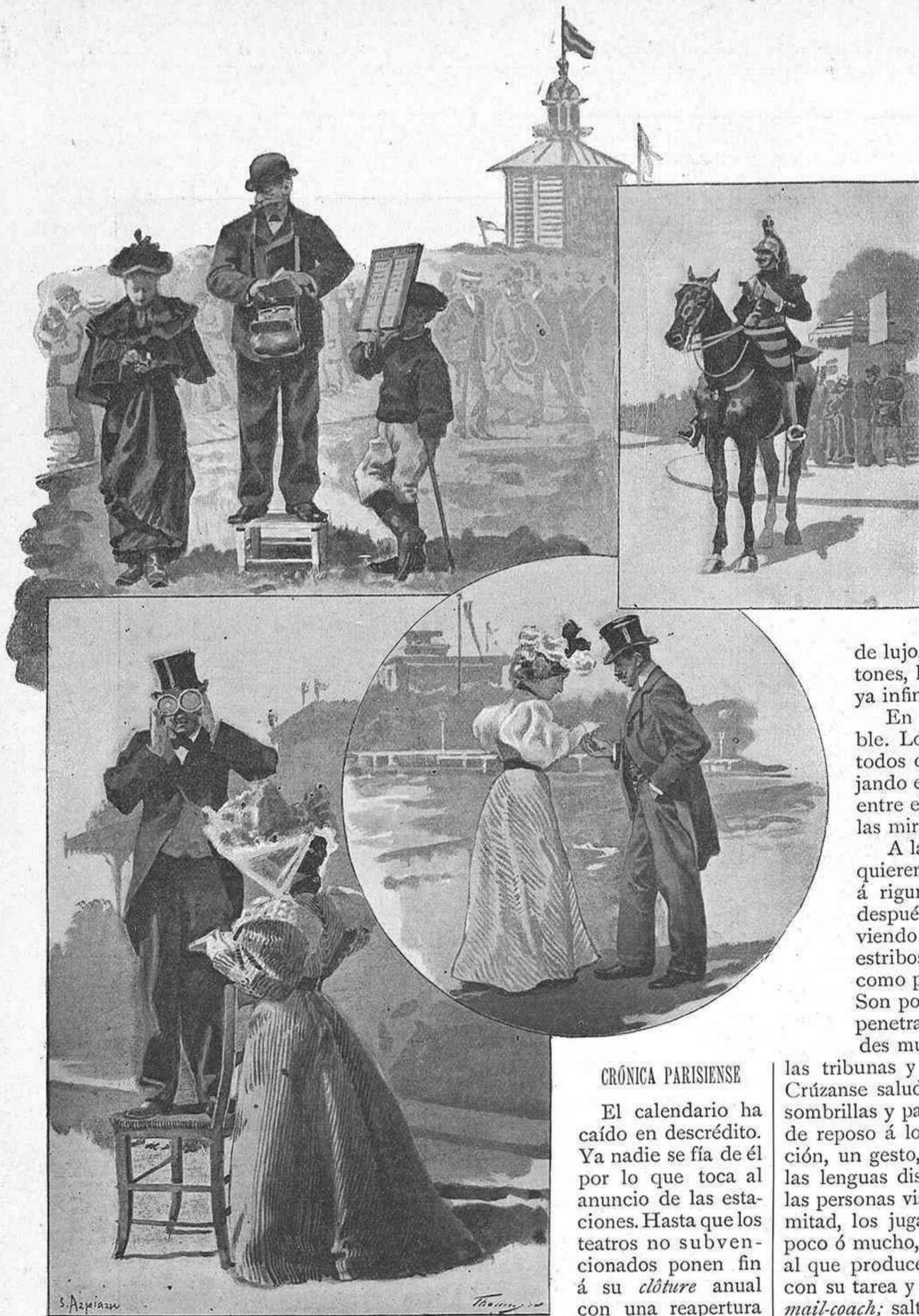
Cuando esta *crónica* se publique ya serán conocidos los nombres de los artistas á quienes el Jurado ha otorgado las recompensas reglamentarias. Tengo en los jurados de las secciones de Pintura y Escultura muchos y cariñosos amigos; pero esto no es bastante para obligarme á dejar de consignar el sentimiento con que he visto la falta de equidad con que se han repartido las medallas. Solamente una, la de honor, concedida á Mariano Benlliure, es justa; pues aun cuando hay otros premios otorgados también justamente, sin embargo no están en las propuestas en los lugares que de derecho les corresponde.

R. Balsa de la Vega

De las esculturas citadas por el Sr. Balsa de la Vega en este artículo y en los dos anteriores, se han publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: de Querol, *Tullia* (Núm. 402), *Busto de la Reina Regente* (Núm. 490), *Don Juan Tenorio* (Núm. 511), *San Francisco curando á los leprosos* (Núm. 523), *Busto de Su Majestad D. Alfonso XIII* (Núm. 686), *Busto de la marquesa de Alonso de León* (Núm. 702); de Atché, *Entierro de Judas* (Núm. 659) y *Hojas del árbol caídas* (Núm. 700); de Alcoverro, *San Isidoro* (Núm. 568); de Fuxá, *Después de la misa* (Núm. 602, con el título *El monaguillo*); de Carbonell, *La Santa Faz* (Núm. 659); de Campeny, *Cuerpo á cuerpo* (Núm. 699 con el título *Un cazador primitivo*), y de Vallmitjana Abarca, *Leona con sus cachorros* (Núm. 667). — (Nota de la Redacción.)



PENOSA JORNADA, cuadro de Matías Schmid



Tipos de la *pelouse* y del *pesage* en el hipódromo de Longchamps, París. Dibujo de Salvador Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

El calendario ha caído en descrédito. Ya nadie se fía de él por lo que toca al anuncio de las estaciones. Hasta que los teatros no subvencionados ponen fin á su *clôture* anual con una reapertura pregonada á son de bombo y platillos por todos los heraldos de la prensa, no principia

para los parisienses el otoño. La emigración de la gente elegante á la *costa azul*, que es la costa que se extiende desde Cannes á Monte-Carlo, anuncia oficialmente la llegada del invierno. Cuando el legendario castaño de las Tullerías muestra sus primeros retoños, cosa que coincide generalmente con los preparativos de los *Salones* de Bellas Artes, se dice que empieza la primavera. Y se entra en el verano el día del *Grand Prix*, ó sea el de las carreras de caballos, cuyo primer premio es de 200.000 francos, ofrecidos por el municipio de París.

Un mes antes no se habla de otra cosa en salones y círculos. En los talleres de las modistas se trabaja día y noche en la confección de los trajes que han de estrenarse ese día. Se conciertan *picnics* en *break* dentro del hipódromo. Y de todas partes, principalmente de Inglaterra, llegan á las fondas, como faustos anuncios de lluvias de oro, cartas y telegramas apalabrando habitaciones por una ó dos semanas.

El tiempo suele ponerse de parte de esta fiesta. Alguna tormenta, rápida como todas las de la estación, viene á veces á sembrar alarmas y tristezas entre los *sportsmen*, y sobre todo entre las *sportswomen*, que tantas esperanzas tienen puestas en ese *steeplechase* de la coquetería y el amor.

Apenas amanece cuando se entreabren ventanas y balcones, y asoman ojos inquietos que interrogan al cielo y narices ansiosas que aspiran el aire matinal. Ya desde la víspera todo el mundo ha consultado el firmamento, observando atentamente las menores variaciones atmosféricas y haciendo pronósticos sobre el tiempo.

Si el sol está en su sitio á la hora de levantarse los parisienses, ¡qué alegría, qué júbilo y qué de gracias al Dios de las alturas! Y todos se levantan temprano el día del *Grand Prix*. Desde las siete de la mañana hormiguea la gente por las calles. Mujeres que han salido á tomar un baño, á comprar adornos para su *toilette*, á expedir un telegrama que no han querido confiar á la indiscreción de los criados; maridos complacientes que hacen una docena de encargos de sus consortes; sastres y modistillas que van ó vienen de entregar vestidos y sombreros; gente de servicio que hace mandados con excepcional premura, todos bullen con agitación febril, comunicando al ambiente esa vibración precursora de los grandes acontecimientos.

Todo el que se propone ir á las carreras almuerza á escape. Ya se desquitara en la comida.

La hora de ponerse en marcha para Longchamps es distinta según los medios de locomoción de que se dispone. Los que van á pie parten antes del mediodía;

no todos llegan á la meta; muchos prefieren quedarse á la sombra de los árboles, en las grandes alamedas del Bosque de Bolonia, para ver pasar á los que van al hipódromo. A la una se ven interminables colas en las márgenes del Sena; son los aficionados que esperan turno para embarcarse en los vaporitos que prestan servicio entre París y Suresnes. Y reina en esas larguísimas formaciones un orden perfecto, que nadie se atreve á alterar. A lo sumo, algún chusco provoca la hilaridad de las filas con chispeantes observaciones sobre la extravagancia de los tipos y la ridiculidad de los trajes que se prestan á la sátira. Y las chuscadas son á veces tan graciosas que hacen reír á las mismas personas aludidas. El viaje fluvial es rápido, entretenido y cómodo. En el pontón de Longchamps desembarcan miles y miles de pasajeros que pasan luego á llenar la *pelouse* del vasto campo de las carreras.

Los inexpertos que cuentan con los ómnibus para la expedición del día, esperan largas horas en las estaciones antes de poder tomar un coche que los deja á cinco ó seis kilómetros de Longchamps. De los *boulevards* del centro parten á cada instante jardinerías que el público toma por asalto, y el movimiento de vehículos de toda clase que en esta vía central se establece, recuerda el de la calle de Alcalá en Madrid y el de las Ramblas de Barcelona en días de toros.

En la plaza de la Concordia empieza á verse algún carruaje de lujo, y á partir de Rond-Point de los Campos Elíseos afluyen los factones, los *breaks*, las victorias, los landós, los *mail-coach*, cuyo número es ya infinito en la avenida del Bosque de Bolonia.

En la bifurcación del Pabellón Chino el espectáculo es indescriptible. Los coches, aglomerados, circulan con dificultad. Sombrillas de todos colores reflejan con vivos centelleos los rayos del sol cenital, cobijando elegantísimas mujeres. Cambianse saludos más ó menos expresivos entre ellas y más ó menos correctos entre hombres y mujeres, sin contar las miradas llenas de explicaciones y las sonrisas llenas de promesas.

A las puertas del hipódromo la decoración cambia y las escenas adquieren mayor vida. Los guardias de orden público someten los coches á riguroso turno para el apeamiento de la gente y los hacen alinear después en las alamedas inmediatas. Millares de curiosos se entretienen viendo llegar á las mujeres hermosas y á los personajes conocidos. Los estribos crujen bajo el pie vigoroso de los hombres, y ceden suavemente, como para hacer el salto más fácil, bajo el diminuto pie de las mujeres. Son pocas las que no encuentran un brazo varonil en que apoyarse para penetrar en el aristocrático recinto donde se reúnen todas las celebridades mundanas de París. Oleadas de gente atraviesan el *pesage* é inundan

las tribunas y la pista. Las conversaciones se van animando por momentos. Crúzanse saludos en alta voz de un lado á otro y se agitan bastones, abanicos, sombrillas y pañuelos para llamar la atención de los conocidos. No se da punto de reposo á los gemelos, y á cada mirada sigue un comentario, una exclamación, un gesto, una confidencia ó una crítica. Los ojos vienen ávidos de ver y las lenguas dispuestas á murmurar. Salen á colación historias y cuentos sobre las personas visibles. Y en tanto que la mitad del público despelleja á la otra mitad, los jugadores hacen sus apuestas, y no se queda nadie al fin sin jugar poco ó mucho, pues ocurre aquí con el Gran Premio un *entraînement* parecido al que produce en España la lotería de Navidad. Los *book-makers* no pueden con su tarea y se hacen auxiliar por su familia. Terminan los almuerzos en los *mail-coach*; saltan en medio de hurras los tapones del Champagne, y el vino de oro, escanciado en copas de finísimo cristal, rebosa en espuma sobre muchos vestidos de seda y de *zéphyr*.

Dominan los trajes claros, y la novísima moda triunfa en toda la línea. El año pasado, la silueta de una elegante podía confundirse con la de un paraguas de enorme puño. En la actualidad, el traje femenino afecta la forma de una campana. De esto al miriñaque no hay más que un paso, y no hay razón para que no lo dé el figurín de la estación próxima.

Entre los trajes cortados con los patrones vigentes suelen aparecer algunos que copian el de las figuras de tal ó cual cuadro notable del *Salón*. Aún recuerdo el éxito asombroso que obtuvieron hace algunos años tres *demi-mondaines* reproduciendo al vivo un cuadro de Morlon, titulado *Una moda nueva bajo el Directorio*, y cuyo grupo principal se componía de tres mujeres jóvenes y hermosas. Aquellas tres muchachas causaron la admiración general, simbolizando el triunfo de la gracia y la belleza. Sus trajes renovaban con irreprochable exactitud histórica la moda del Directorio. El grupo era armonioso y bello. Las tres Gracias de la antigüedad hubieran sido destronadas por las tres Gracias del día, si el escultor griego no hubiese realizado su obra sin la colaboración de la modista parisiense. Pero la naturaleza venció al arte moderno. Lo que en el cuadro de Morlon era un lindo remedo del encanto femenino, fué en el grupo humano, realizado por la luz del sol, un portento de gracia y de hermosura.

Durante cada carrera de caballos, la emoción es intensísima; pero dura poco, afortunadamente. El nombre del que lleva la delantera se escapa de todos los labios, en unos con júbilo y en otros con extrañeza, según se haya apostado en pro ó en contra, y el vencedor es aclamado frenéticamente por todo el que no ha jugado contra él. La escena se repite á cada premio, y terminada la última prueba, empieza el desfile de la gente.

Los curiosos han aumentado en todo el trayecto que se extiende desde el hipódromo, por las avenidas de Longchamps y del Bosque de Bolonia, hasta el *Club de los Tronados*, pintoresco nombre dado al espacio lleno de sillas que se encuentra á la entrada de este último paseo por la parte de la plaza de la Estrella.

La mayor parte de los *sportsmen* y de las *sportswomen* dan en carruaje la vuelta al Lago del Bosque antes de irse á comer. La animación llega al colmo. En todas partes se oye discutir y comentar las carreras. La exaltación de los gananciosos contrasta con la decepción de los que han perdido. Todo París ofrece el aspecto de un día de fiesta excepcional. No es el cuadro popular de los domingos ordinarios; es un espectáculo único en que se confunden los grandes actores con los comparsas, el pueblo con la burguesía, las elegancias de baja extracción con las de origen aristocrático. Entre los carruajes de lujo circulan coches de plaza hacinados de individuos de todas edades y sexos, rojos de alegría y de alcohol, exuberantes de lirismo ruidoso. El caballo ético alterna con

el brioso corcel, la grisetilla con la gran dama, el hortera con el clubmen, el *rastaquère* con el aristócrata, y la oleada inmensa continúa, sin que parezca haber de acabar ni disminuir jamás.

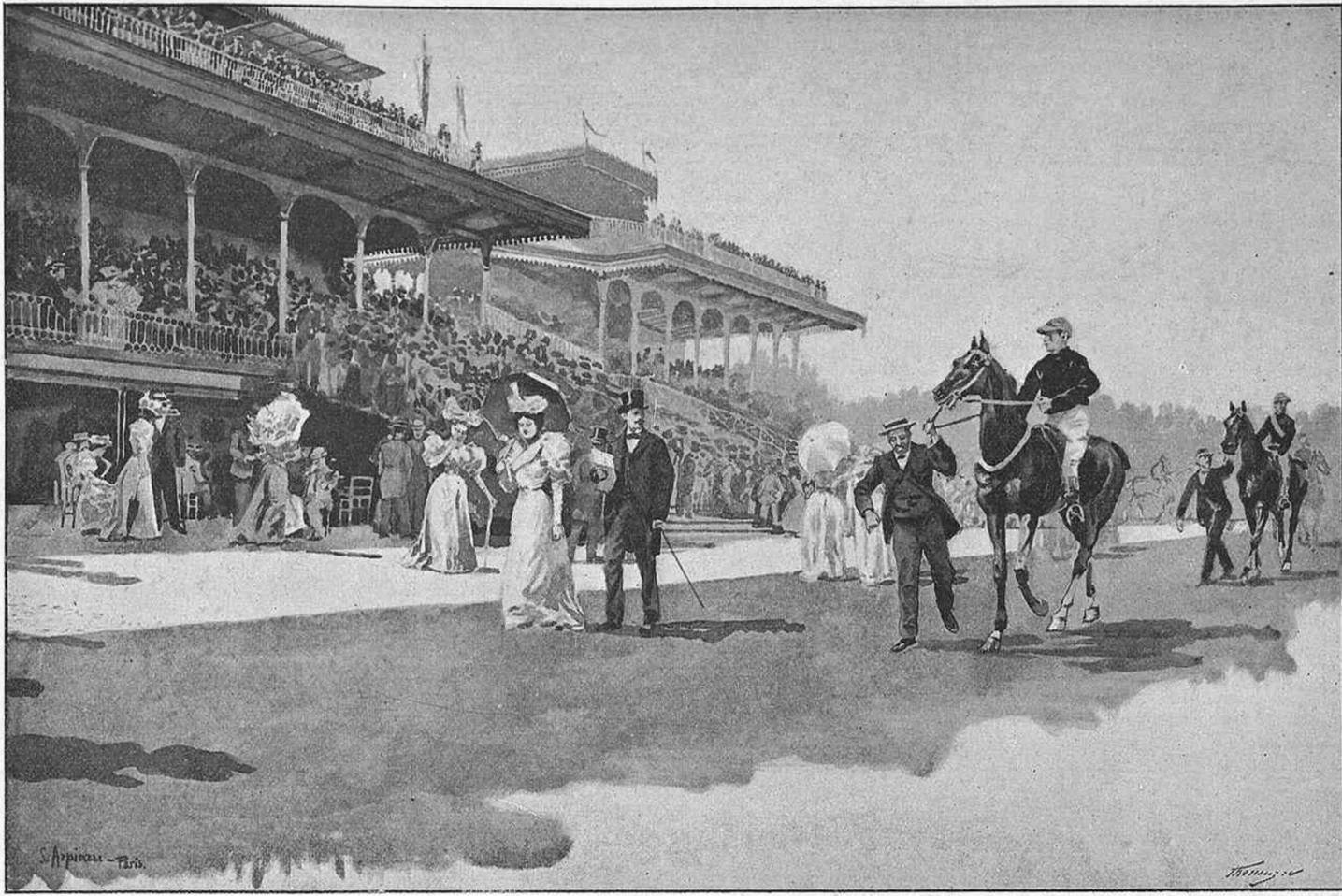
Y mientras la flotante colonia de ricos extranjeros y provinciales se precipita en los *restaurants* del centro, allá en la margen derecha del río, entre Longchamps y el Point-du-Jour, se dispone a comer una enorme muchedumbre de parisienses sin fortuna, cuya alegría exhala en canciones y danzas, cuando pueden ayudar a la digestión de un par de platos copiosos con sendos tragos de vino.

El olor de las frituras abre el apetito y el son de los organillos invita al baile. Los columpios y los tfo-vivos se disputan el

favor del público. Al pie de cada árbol hay un cenador, en cada cenador una mesa y en cada mesa un par de cubiertos.

ción del ferrocarril; hacen cola para tomar su billete; se amontonan en los vagones, y una vez en París, esperan turno durante una hora antes de encontrar

La noche sorprende a los comensales de estos *restaurants* campesinos con el vaso en la mano y la canción en los labios. Los fuegos artificiales de cualquier pueblo vecino ponen término al festín, y regresan a sus pobres viviendas caravanas de hombres, mujeres y niños, unos a pie, otros en carricoches tirados por perezosos rocines que tropiezan a cada paso. Muchos hombres, acalorados, enarbolan en el bastón su chaqueta y su sombrero y agotan todo el tesoro de su facundia para divertir a las mujeres. Los andarines llegan extenuados a la esta-



EL GRAND PRIX DE PARÍS. ANTES DE LA CARRERA. - Dibujo de Salvador Azpiazu

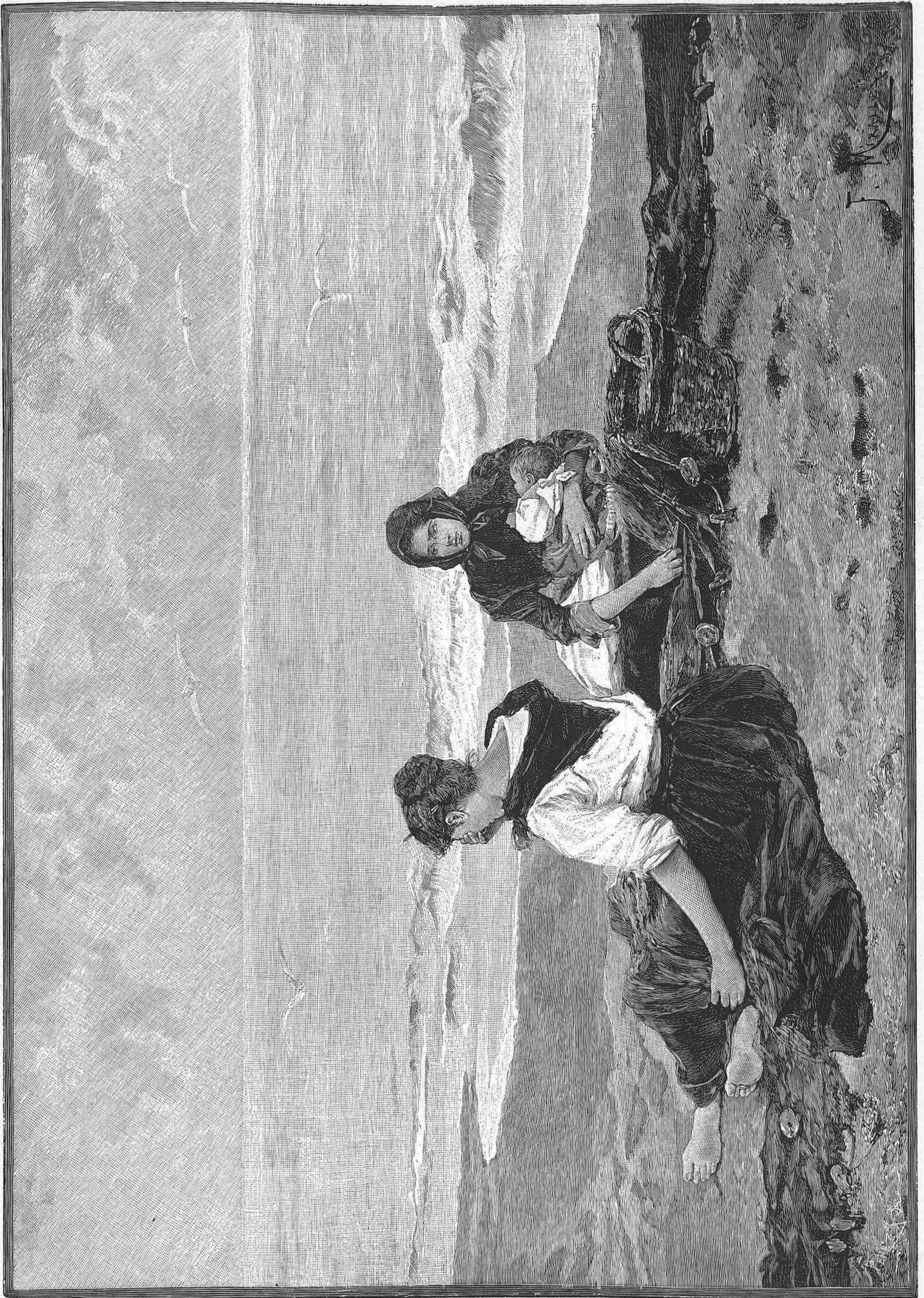


EL GRAND PRIX DE PARÍS. LA PARTIDA. - Dibujo de Salvador Azpiazu



LA DANZA DE LAS FLORES, cuadro de José Llovera

LLOVERA
1840



EL GRAN CEMENTERIO, cuadro de F. Miralles (Exposición general de Bellas Artes. Madrid)

sitio en el ómnibus que los deja á quince minutos de su casa.

Mientras tanto, en los *restaurants* de moda celebran el triunfo ó se consuelan del fracaso con carísimos ágapes los *turfistes* de la *high-life*.

Estos establecimientos han perdido gran parte de su animación y de su prosperidad desde la caída del imperio.

Hubo un tiempo en que la *Maison dorée* y todas sus congéneres eran por las noches teatro de amorosas aventuras y exorbitantes despilfarros. Cuando los grandes funcionarios públicos tenían abiertas las arcas del Tesoro, las orgías eran constantes en los salones reservados de estas casas. Las mujeres ligeras adquirían fácilmente celebridad, y al poco tiempo de ostentar su hermosura en lujosa carretela por el Bosque de Bolonia ó en la tribuna del hipódromo, tenían su protector en la corte.

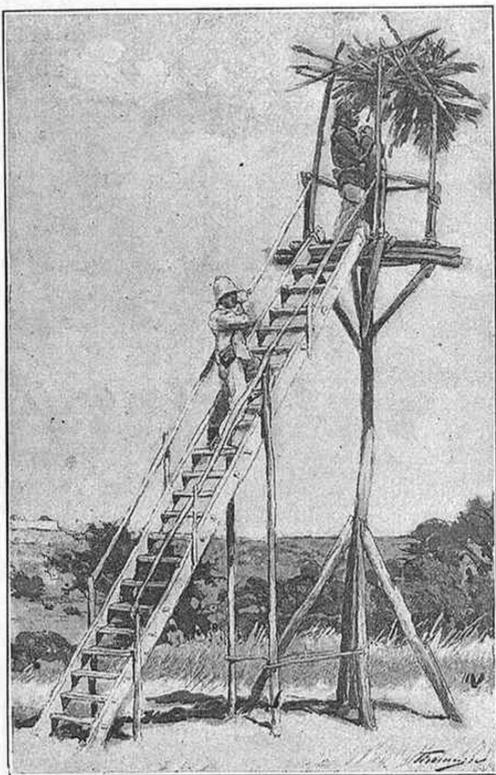
Hoy las cosas han cambiado, y á excepción del día del *Grand Prix*, estos establecimientos sólo abren las puertas de sus saloncitos discretos para refugio de alguna pareja que va á satisfacer en una hora la curiosidad de toda la vida.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

Carmencita, cuadro de Enrique Serra.—Aunque residente Enrique Serra desde hace mucho tiempo en Roma y dedicado con preferencia á reproducir los asuntos que más de cerca puede observar, de cuando en cuando una de esas escenas tan genuinamente españolas como *Carmencita* viene á demostrarnos que el afamado pintor sigue recordando con deleite á su patria y tiene para ella esas notas de color y esas maravillas de dibujo que son el encanto de cuantos contemplan sus hermosas obras. En el cuadro que reproducimos todo respira la vida y la alegría que constituyen el carácter de las costumbres populares de Andalucía, y las dos figuras que en él se admiran tienen el sello que hace inconfundibles con otros los tipos que han nacido y se han criado en la bendita tierra andaluza.

Los franceses en Madagascar. El Mirador.—Desde hace tiempo luchan los franceses contra los hovas, que, auxiliados más ó menos abiertamente por alguna potencia europea, han intentado sacudir el protectorado de Francia. La guerra no es tan fácil como parece debiera ser tratándose de una potencia como la francesa y de un pueblo tan inferior á ella como el de Madagascar; pero los recursos acumulados en aquellas lejanas tierras por Francia acabarán por dominar á los indígenas. El grabado que publicamos reproduce un mirador ó puesto de observación, el más avanzado que ocupan los tiradores malgaches de la columna del general Metzinger frente á



Los franceses en Madagascar

El mirador, puesto de observación ocupado por una compañía de tiradores malgaches

Majunga: como se ve, su construcción es bastante primitiva y típica y nos da idea de la clase especial de lucha que allí se sostiene.

Por esta razón hemos creído interesante reproducirlo á título de dato curioso.

D. José María de Heredia.—El día 30 de mayo último fué recibido en la Academia Francesa este eminente poeta, y á la sesión con tal motivo celebrada se le ha dado el nombre de fiesta del Parnaso, por ser el Sr. Heredia, aparte del maestro Leconte de Lisle, el tercer parnasiano que ingresa en aquella corporación: los otros dos son Coppée y Sully-Prudhomme. D. José María de Heredia nació en Santiago de Cuba en 1842, comenzó sus estudios en un colegio francés, continuólos en la universidad de la Habana y los terminó en París en

la escuela de Cartas. Sus primeros versos aparecieron en 1862, fecha desde la cual ha venido publicando algunos sonetos sueltos que insertaba en diversas revistas; hasta 1893 no se decidió á dar al público su primer tomo, *Trofeos*. En prosa, el Sr. Heredia ha publicado la *Verídica historia de la conquista de Nueva España*, traducida al español, y una novela, *La monja alfé-*



El eminente poeta D. JOSÉ M.^a DE HEREDIA, cubano, recientemente ingresado en la Academia Francesa

vez. Acerca de los méritos literarios del nuevo académico francés nada diremos, porque en este mismo número ocupase de ellos con la brillantez y maestría que le son propias nuestro ilustre colaborador D. Emilio Castelar.

Penosa jornada, cuadro de Matías Schmid.—Rendida por el cansancio y terminada la pesada faena de repartir el correo en los caseríos diseminados en la montaña, la pobre muchacha se ha tendido en medio del camino para buscar en el sueño algún descanso á sus fatigas, sin curarse de la dureza del suelo, que no hay almohada más blanda que el cansancio. Allí la encuentra su enamorado, que por la misma vereda viene, y no hay que decir la grata sorpresa que experimentará la joven durmiente cuando al despertar se vea al lado de su novio, con quien regresará al pueblo platicando una vez más de sus amores y haciendo risueños proyectos para el porvenir.

La danza de las flores, cuadro de José Llovera.—Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han tenido ocasiones frecuentes de ver con cuánta afición cultiva nuestro querido paisano y colaborador Sr. Llovera el cuadro de costumbres andaluzas y con qué habilidad las reproduce en el lienzo. En *La danza de las flores* hay verdadero derroche de gracia, y contemplando aquella escena parece que vemos los voluptuosos movimientos de la *bailadora*, que oímos las sentidas notas del *cante jondo*, acompañado por los dulces acentos de la guitarra y los alegres golpes de la pandereta, y que respiramos el aire tibio y embalsamado de la sin par Andalucía.

El gran cementerio, cuadro de F. Miralles.—¡Cuánta sencillez y cuánta grandiosidad al mismo tiempo en este bellísimo cuadro! Varias veces hemos dicho que en los lienzos del Sr. Miralles al lado de los primores de ejecución admírase el pensamiento que los informa: lo mismo, y en mayor grado si cabe, hemos de consignar hoy con motivo del que en el presente número reproducimos. Esas dos mujeres sentadas en la playa y una de las cuales claramente da á comprender con sus lágrimas que en el mar ha hallado sepultura a un ser querido, constituyen una nota de sentimiento tan hermosa, que toda alabanza resultaría pálida, comparada con la emoción que produce la contemplación de *El gran cementerio*.

El gigante egipcio Hassán Alí.—Actualmente se exhibe en el Tivoli Music Hall de Londres un gigante egipcio que aventaja en estatura á los conocidos de algún tiempo á esta parte. Llámase Hassán Alí; su padre, soldado egipcio, casi le iguala en altura, su madre la tiene de seis pies ingleses y su hermana no es más baja. No es, por tanto, de extrañar que perteneciendo á una familia de estaturas tan extraordinarias, Hassán se parezca por este concepto á sus inmediatos allegados; pero lo particular del caso es que hasta hace unos tres años, su altura era la ordinaria, mas desde entonces empezó á crecer y hoy tiene ocho pies ingleses de alto, y aún sigue creciendo, porque es bastante joven. La longitud de sus brazos comparada con los de una persona regular puede apreciarse por la comparación establecida en nuestro grabado. El contorno de su pecho mide 48 pulgadas; la mano, desde el principio de la palma hasta la punta del dedo medio, 11, y sus zapatos tienen 16 pulgadas inglesas de largo.

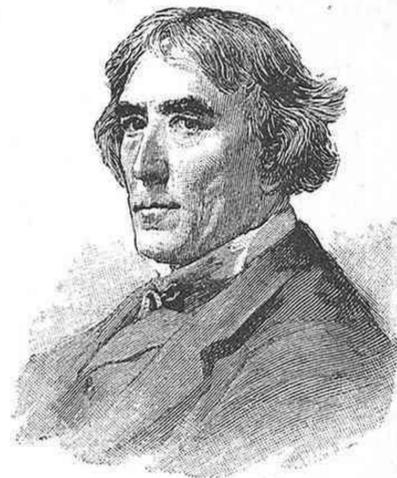
El eminente actor inglés Enrique Irving.—La reina Victoria ha nombrado recientemente caballero á Irving, siendo esta la vez primera que la corona otorga tan alta distinción á un actor. Este nombramiento ha sido muy bien acogido por todas las clases sociales de Inglaterra, que consideran con razón á Irving como una gloria nacional: podrá haber habido en aquella nación actores de mayor mérito, pero es indudable que ninguno ha alcanzado la popularidad del que acaba de ser agraciado con aquel título honorífico. Enrique Irving nació en Keinton, cerca de Glastonbury, en 1838 y salió por vez primera á las tablas en Sunderland en 1856: el primer triunfo lo obtuvo en 1871 representando el drama *The Bells* (*Las campanas*) en el Lyceum de Londres, y en 1878 fué nombrado director de ese teatro, en el cual ha ido conquistando cada día mayores laureos. Aunque con igual maestría representa toda clase de obras, su especialidad son las de Shakespeare, que interpreta como ningún otro actor, circunstancia que por sí sola demuestra la magnitud de su talento y justifica la adoración que por su actor predilecto sienten los ingleses.

El compositor Francisco Suppé.—Ha fallecido recientemente en Viena el que con Offenbach y Lecoq compartió durante tanto tiempo el aplauso de todos los públicos en el género musical de la opereta. *Boccaccio*, *Fatinitza*, *Doña Juanita* y *La bella Galatea* serán testimonio durante muchos años de la gloria alcanzada por el eminente compositor, y más de



El ilustre compositor FRANCISCO SUPPÉ, recientemente fallecido

una generación se regocijará aún con las alegres notas y elegantes melodías de aquellas partituras. Francisco Suppé nació en Spalato (Dalmacia) en 18 de abril de 1820 y estudió en la universidad de Viena; pero su afición á la música hizole abandonar aquellos estudios para dedicarse al de la composición; fué luego director de orquesta en varios teatros, entre ellos el Carlos de la capital austriaca, y compuso gran número de cuartetos, oberturas, sinfonías, cantos y operetas que muy pronto se hicieron populares.



ENRIQUE IRVING, eminente actor inglés, el primero de su profesión que ha sido nombrado caballero en Inglaterra

MISCELÁNEA

Teatros.—*Barcelona.*—En Novedades la compañía que dirige María Guerrero ha puesto en escena *Mariana*, *La segunda dama duende*, *María Rosa*, *El castigo sin venganza* y *La Dolores*, habiendo obtenido en el desempeño de esas obras grandes aplausos la Srta. Guerrero y los Sres. Díaz de Mendoza y Perrín, á quienes han secundado con mucho acierto los demás actores de la compañía, entre los cuales merecen especial mención la Sra. Domínguez y los Sres. Díaz (D. M.), Carsi, González y Mendiguchía.

La excelente compañía que bajo la dirección de D. Emilio Mario actúa en el teatro Lírico, además de haber representado las más aplaudidas obras del repertorio, ha estrenado con gran éxito *La fierrecilla domada*, arreglo del inglés admirablemente hecho por D. Manuel Matoses; *Villa Tula*, preciosa comedia de Vital Aza, y *Los asistentes*, graciosísima pieza en un acto de D. Pablo Parellada (*Melitón González*). *La monja descalza*, comedia de D. Miguel Echegaray, ha tenido muy poco éxito. Las Srtas. Cobefias y Ruiz, la Sra. Alverá y los Sres. Mario, Thuillier, Rosell, Jiménez, Balaguer y Cirera ven justamente recompensado su trabajo con los entusiastas aplausos que les prodiga el público.

En el Eldorado funciona la compañía dirigida por D. Antonio Vico, de la que forma parte la notable actriz Srta. Contreras: ha puesto en escena, entre las conocidas obras del teatro antiguo y moderno que forman su escogido repertorio, algunas hace tiempo no representadas en Barcelona, como *Otra casa con dos puertas* y *Venganza catalana*, habiendo sido muy aplaudidos en todas ellas la Srta. Contreras, el Sr. Vico y demás actores de la compañía.

En el Tivoli, donde actúa una notable compañía de zarzuela, en la que figuran artistas tan ventajosamente conocidos como las Srtas. Montilla y Pérez Isaura y los Sres. Alcántara, Carbonell, Visconti, Sigler y Gamero, ha estrenado con muy buen éxito la zarzuela de Pina y Domínguez con música de Chapí *Muñer y Reina*, que ha sido puesta en escena con el lujo y la propiedad á que de antiguo nos tiene acostumbrados la empresa del Sr. Elías.

En el Jardín Español y en el teatro de la Granvía se representan zarzuelas de las llamadas del género chico.



Cinco días después, la muerte llamaba á las puertas del Buissón y cambiaba la faz de mi existencia

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. — ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Se levantó al vernos entrar, y aguardó un instante á que mi tía hiciera la presentación. Pero esta ceremonia la ignoraba ella, lo propio que los habitantes del Groenland, y se presentó él mismo bajo el nombre de Pablo de Conprat.

— ¡De Conprat!, exclamó el cura; ¿es usted hijo de aquel excelente comandante de Conprat que conocí hace tiempo?

— Mi padre es efectivamente comandante, señor cura. ¿Le conoce usted?

— Le conocí mucho, sí, señor. ¡Qué hombre tan bueno!

Ya sé que mi padre es muy querido, contestó el Sr. de Conprat, cuyo rostro apareció aún más risueño. Es para mí una gran dicha oír hablar de mi padre.

— Pero, añadió el cura, ¿no tiene usted algún parentesco con el Sr. de Pavol?

— Ya lo creo; primo en tercer grado.

— Pues he aquí su sobrina, dijo el cura presentándome á él.

A pesar de mi inexperiencia, observé perfectamente que la mirada del Sr. de Conprat expresaba cierta admiración.

— Celebro infinito tener el gusto de conocer á tan interesante sobrina, me dijo dándome la mano.

Su frase produjo en mí una impresión muy agradable, y le dí la mano muy gustosa.

— No son ustedes precisamente primos, dijo el cura tomando un polvo de rapé con gran fruición; el señor de Pavol es tío por alianza de Reina, pues su mujer era una señorita de Lavalle.

— Es lo mismo, exclamó el Sr. de Conprat, no renuncio al parentesco. Además, no sería difícil encontrar alianzas entre mi familia y la de Lavalle.

Nos pusimos á conversar como tres amigos íntimos, y me parecía que nos habíamos siempre visto, conocido y querido. Experimentaba esa impresión extraña que hace suponer que lo que acontece inmediatamente á nuestra vista ha acontecido ya en una época

lejana, tan lejana que no se ha conservado de ella sino un recuerdo vago y casi borrado en nuestra memoria.

En vano pasaba revista en mi imaginación á todos los héroes de novela que yo conocía, y no encontraba ninguno tan rollizo como éste. Era grueso, no cabía la menor duda; pero tan bueno, tan alegre, tan vivo, que ese defecto físico se transformó prontamente á mis ojos en una cualidad eximia. Hasta mis héroes imaginarios no tardaron en parecerme totalmente desprovistos de encanto. A pesar de su cuerpo elegante y siempre esbelto, se hallaban eclipsados, radicalmente eclipsados por ese robusto mancebo lleno de vida y de alegría, á quien yo revestía mentalmente de una infinidad de cualidades.

A pesar de que la tempestad había disminuído en intensidad, la lluvia no cesaba un instante, y como se acercaba la hora de la comida, mi tía invitó á Pablo de Conprat á sentarse á nuestra mesa. No se dejó rogar, declarando en seguida que tenía un apetito espantoso y aceptando el convite, lo que me agradó sobre manera.

Salí un momento de la estancia para ir á afrontar el mal humor de Suzón.

— Suzón, dije al entrar en la cocina, el Sr. de Conprat se queda á comer. ¿Tenemos un buen capón, leche, fresas y cerezas?

— ¡Dios mío!, tendremos lo que hace falta, y lo que no hay no lo habrá.

— ¡Esa es una gran verdad, Suzón!; pero respóndeme como es debido. Tal vez un capón no será bastante.

— No tenemos capón, tenemos un pavo; ¡mírelo usted!

Y Suzón, toda orgullosa, abrió el asador y me enseñó el animalito, que bien preparado por ella y por Perrina, pesaba lo menos doce libras. Su pellejo dorado era una prueba evidente de que estaba divinamente asado, así es que me tranquilicé en seguida.

— ¡Bravo!, exclamé. Pero ¿y el arroz con leche es-

tará á punto?, ¿habrá bastante? ¡Y la ensalada á ver si la aliñas bien! Pon mucho cuidado.

Tengo por costumbre poner mucho cuidado en todo lo que hago, señorita. Además, supongo que ese señor no es ningún emperador ni príncipe. Es un hombre como los demás y ya se arreglará con lo que le den.

— ¡Un hombre como los demás, Suzón!, dije indignada. ¿Sin duda no le has visto?

— ¡Vaya si le he visto! ¡Y le he oído también hablar! ¡Vaya una ocurrencia! Entrar así de rondón... ¡No faltaba más ahora sino que se enamorase usted de él!

Abrí la boca para contestar como era debido; pero me contuve prudentemente, pensando en que, para vengarse y contrariarme, Suzón sería muy capaz de echar á perder su pavo.

Algunos instantes después pasamos al comedor, y no pude menos de lanzar una mirada alrededor de aquellas paredes que estaban en un estado deplorable. Además, Suzón tenía una manera singular de arreglar la mesa. Los saleros estaban todos juntos en medio de la mesa; los cubiertos de plata repartidos al buen tuntún, sin orden ni concierto; las botellas de vino corrían las unas detrás de las otras, mientras que una sola de agua estaba tan mal colocada, que teníamos que hacer un gran esfuerzo para cogerla, por ser la mesa tres veces mayor de lo necesario.

Por primera vez en mi vida tuve la intuición de que todas las leyes de la simetría se hallaban violadas por el gusto fantástico de Suzón.

Pero el Sr. de Conprat tenía uno de esos caracteres felices que toman todo por el mejor lado, y poseía además la facultad de identificarse con lo que le rodeaba.

Examinó la mesa con aire risueño, tomó su sopa sin dejar por eso de hablar, felicitó á Suzón y prorrumpió en verdaderas exclamaciones de alegría cuando apareció el pavo.

— Hay que confesar, señor cura, dijo, que la vida

es una feliz invención, y que Heráclito estaba dotado de una fuerte dosis de estupidez.

- No murmuremos de los filósofos, contestó el cura, pues muchas veces tienen razón.

- Veo que es usted la bondad misma, señor cura. En cuanto a mí, si fuera gobierno daría libertad a los locos y encerraría a los filósofos, teniendo cuidado de tenerlos todos juntos para que se devorasen unos a otros.

- ¿Qué significa eso de Heráclito?, preguntó mi tía.

- Un estúpido, señora, que pasaba su vida lloriqueando. ¡Habrás visto ridiculez igual! ¡Y haberle hecho por esto solo pasar a la posteridad!

- Tal vez, dije yo, vivía con varias tías; y eso le había agriado el carácter.

El Sr. de Conprat me miró con cierta extrañeza y se echó a reír a carcajadas. El cura me dirigió una mirada severa, y mi tía, muy ocupada trinchantando el pavo, no oyó nada.

- La historia no dice nada sobre eso, primita.

- De todos modos, añadió, guárdese usted de atacar a los hombres de la antigüedad; el señor cura le sacaría a usted los ojos.

- ¡Ah! ¡Los tunantes, qué guerra me han dado! No conservo de ellos más que un recuerdo: las horas extraordinarias de estudio que me impusieron.

- Permítame usted, dijo el cura, esforzándose por contrarrestar mi opinión, que iba prevaleciendo; no podrá usted negar en ellos ciertas virtudes, ciertos actos heroicos que...

- ¡Ilusiones, ilusiones!, interrumpió Pablo de Conprat. Eran unos tunantes insoportables, y porque se han muerto, se les reviste de virtudes increíbles para humillar a esos pobres vivientes que valen más que ellos. Pero ¡Dios santo, qué pavo tan rico!

Hablando sin cesar, comía con un apetito y un humor sin iguales.

Las tajadas se amontonaban en su plato y desaparecían con una velocidad tan pasmosa, que llegó un instante en que mi tía, el cura y yo nos quedamos, con el tenedor alzado, contemplándole con mucha extrañeza.

- Ya les había a ustedes prevenido, nos dijo riendo, que tenía un apetito espantoso, lo que me sucede generalmente trescientas sesenta y cinco veces al año.

- ¡Cuánto dinero debe usted gastar en comer!, exclamó mi tía, que tenía la especialidad de apoderarse del lado mercantil de las cosas y de decir justo lo que no debía decirse.

- Veintitrés mil trescientos setenta y siete francos, señora, contestó el Sr. de Conprat con la mayor seriedad.

- ¡No es posible!, balbuceó mi tía estupefacta.

- Parece usted ser muy feliz, señor mío, dijo el cura restregándose las manos.

- ¿Si soy feliz, señor cura? ¡Ya lo creo! Francamente, ¿cree usted natural ser desgraciado?

- Algunas veces, contestó el cura sonriendo.

- ¡Ah!, ¡bah! Las personas desgraciadas lo son la mayor parte de las veces por su culpa, porque toman la vida al revés. Créame usted, la desgracia no existe, lo que existe es la estupidez humana.

- Pues esa es ya una desgracia, replicó el cura.

- Bastante negativa por sí misma, señor cura, y de que mi vecino sea tonto, no se desprende que yo deba imitarle.

- ¿Es usted aficionado a las paradojas, amigo mío?

- De ningún modo; pero me duele ver a tanta gente entristecer su existencia a causa de una imaginación enfermiza. Me figuro que no comen bastante, que se mantienen de alondras ó de huevos frescos, y que se devanan los sesos al mismo tiempo que el estómago. Yo adoro la vida, pienso que cada cual debería encontrarla bella y que no tiene sino un defecto: «¡el de acabarse, y acabarse muy pronto!»

El pavo, la ensalada, el arroz con leche, todo estaba comido; y mi tía miraba, con un semblante que no tenía ya ninguna gracia, el caparazón del volátil con el cual contaba para festejarnos durante varios días.

Ibamos a levantarnos de la mesa, cuando Suzón, entreabriendo la puerta, asomó la cabeza para decirnos con su tono destemplado:

- He preparado el café, ¿hay que servirlo?

- ¿Quién le ha dado a usted permiso?... empezó a preguntar mi tía.

- Sí, sí, dije interrumpiéndola con viveza, sívalo usted pronto.

La hubiera dado un beso por esta idea feliz; pero mi tía no era de la misma opinión. Al contrario, se ausentó para ir a disputarse con Suzón, y no la volvimos a ver sino en la sala.

- Tienen ustedes una excelente cocinera, prima, dijo Pablo de Conprat saboreando el café.

- Sí, ¡pero muy gruñona!

- Eso no es más que un detalle.

- ¿Y cómo encuentra usted a mi tía?, le pregunté en tono confidencial.

- Pues bastante majestuosa, contestó con cierto embarazo.

- ¡Ah! Majestuosa... Vamos, ¿usted quiere decir desagradable?

- ¡Reina!, exclamó el cura.

- Pues bien, hablemos de otra cosa, señor cura; pero me alegraría tener el carácter feliz de mi primo y descubrir las bondades de mi tía.

- Tenga usted un poco de filosofía práctica, simpática prima; esa es una base seria para la felicidad y la única filosofía que me parece tener sentido común.

- ¡Qué desgracia que no sea usted mi tía! ¡Cómo nos queríamos!

- ¡En cuanto a eso, estoy persuadido de ello!, exclamó riendo, y no necesitaríamos ninguna filosofía para llegar a ese resultado. Pero si le es a usted igual preferiría no cambiar de sexo y ser su tío.

- Por mi parte no hay inconveniente, pues yo no soy como Francisco I; yo tengo una antipatía absoluta hacia todas las mujeres.

- ¿De veras, continuó diciendo sin cesar de reír, conoce usted los gustos de Francisco I?

El cura hizo un gesto de impaciencia, al cual el Sr. de Conprat contestó con otro que quería decir: «¡Esté usted tranquilo, ya comprendo!»

Semejante pantomima me atacaba los nervios, é hice un esfuerzo violento para comprender lo que ellos se decían.

- A propósito de tíos, dije, ¿conoce usted mucho al Sr. de Pavol?

- Sí, mucho; mi propiedad está situada a una legua de la suya.

- Y su hija ¿qué tal es?

- He jugado a menudo con ella cuando era niña; pero desde hace unos cuatro años la he perdido de vista. Dicen que es muy bonita.

- ¡Cómo me gustaría estar en el Pavol!, dije suspirando. Nos veríamos con frecuencia.

- ¿Quién sabe, primita? Tal vez yo no le agradaría a usted, si me conociese usted mejor. Sin embargo, puedo certificar que soy un buen chico; salvo que tengo pasión por el pavo y que las mujeres bonitas me gustan con locura, no conozco en mí ningún vicio.

- Gustarle a uno las mujeres bonitas, ¿ese no es un defecto! Yo detesto la gente fea, como por ejemplo mi tía; pero asimilar un pavo a una mujer bonita no hace mucho favor a ésta, primo.

- Tiene usted razón; convengo que ha sido una frase desgraciada.

- Le perdono a usted, dije con viveza. ¿De modo que me encuentra usted bonita?

Hacía por lo menos dos horas que me decía yo, en mi fuero interno, que era preciso no dejar escapar la ocasión de informarme por una opinión ilustrada y competente acerca de un asunto de palpitante interés para mí. Desde el principio de la comida aguardaba con impaciencia el momento de hacer mi pregunta. Yo no abriguaba duda alguna acerca de la respuesta; pero oírse llamar bonita, directamente y cara a cara, por otra persona que un cura... ¡es verdaderamente delicioso!

- ¡Bonita, Reina! ¡Es usted encantadora! ¡No he visto en mi vida unos ojos tan hermosos, ni una boca tan bonita!

- ¡Bravo! Y luego hablarán mal de los hombres, como por ejemplo mi tía.

- ¿Su señora tía no quiere a los hombres? Es evidente que ha traspasado ya la edad de la coquetería.

- ¡La coquetería! Jamás me hablan de eso. ¿Encuentra usted que hay que ser coqueta?

- Indudablemente, prima; a mis ojos es una gran cualidad.

- ¡No me ha enseñado usted eso, señor cura!, exclamé.

El pobre cura, durante esta conversación, pasaba las penas del purgatorio. Quería poner la cara dulce, y sorbía su café a duras penas, pues le parecía muy amargo.

- El Sr. de Conprat se burla de usted, me dijo.

- ¿Es cierto, primo?

- De ningún modo, contestó Pablo de Conprat, que tenía todas las trazas de divertirse de lo lindo. A mi modo de ver, una mujer que no es coqueta no es mujer.

- ¡Muy bien, pues voy a tratar de serlo!

- Vamos a la sala, señorita de Lavalle, dijo el cura levantándose.

- Bueno, dije para mí, ya está el cura enfadado. No he dicho nada malo, sin embargo.

Había cesado la lluvia, las nubes se habían dispersado, y propuse a Pablo de Conprat dar un paseo por el jardín. Dicho y hecho: nos fuimos sin pedir

permiso, seguidos del cura, que nos lanzaba miradas casi de terror, pensando tal vez que su querida oveja estaba en vía de perdición.

Corríamos como unos chiquillos sobre la hierba todavía húmeda, mojándonos los pies y riendo como unos locos. Hablábamos, charlábamos, yo sobre todo, refiriendo los sucesos de mi vida, mis disgustillos, mis sueños y mis antipatías.

- ¡Oh, qué tarde tan agradable y deliciosa!

El Sr. de Conprat se subió a un cerezo, y el árbol, sacudido violentamente, dejó caer sobre mí toda la lluvia que tenía encima. Con la boca llena de cerezas y desde lo alto del árbol gritaba que las gotas de agua brillaban en mis hermosos cabellos como un aderezo ideal y que no había visto jamás nada tan bonito.

- ¡Y Suzón, me decía a mí misma, que pretende que es un hombre como otro cualquiera! ¡Cómo es posible ser tan tonta!

Regresamos a la sala, donde se añadió leña a la chimenea para que nos secásemos los pies. Sentados a proximidad el uno del otro, Pablo de Conprat y yo continuamos conversando con aire misterioso.

Mi tía, estupefacta de mi audacia, de mi libertad y de la alegría que se reflejaba en mi semblante, no decía una palabra. El cura, satisfecho de verme contenta, no dejaba de estar muy preocupado, tanto que se olvidaba de interponerse entre nosotros dos. ¡Ah, qué velada tan deliciosa!

Por fin, el Sr. de Conprat se levantó para retirarse, y le acompañamos hasta el patio.

Se despidió afectuosamente del cura y dió las gracias a mi tía; después, dirigiéndose a mí, me estrechó la mano, y me dijo en voz baja:

- Hubiera deseado que esta velada no se acabara jamás, prima.

- ¡Pues y yo! Pero volverá usted, ¿no es cierto?

- ¡Y pronto! Así lo espero.

Acercó mi mano a sus labios, y es preciso verdaderamente que la naturaleza humana tenga un fondo muy grande de perversidad, pues aquel homenaje fué para mí un placer tan nuevo, tan vivo y tan perfecto que tuve la idea inoportuna de... ¿debo confesarlo, Dios mío? Sí, tuve la idea - que no puse en ejecución - de echarme en sus brazos y de besarle en las dos mejillas, a pesar de mi tía y a pesar del cura que nos vigilaba como un dragón de nueva especie, como un excelente dragón mofletudo y benigno.

VII

Mi imaginación, después que se marchó el Sr. de Conprat, permaneció durante varios días en una especie de beatitud que me sería difícil describir. Experimentaba sensaciones múltiples que se manifestaban exteriormente por saltos y piruetas, pues este último ejercicio, durante bastante tiempo, ha sido mi manera de expresar una infinidad de sentimientos.

Cuando estaba harta de brincar, me echaba sobre la hierba, y con los ojos mirando al cielo pensaba en una porción de cosas, si bien no pensaba absolutamente en nada. Ese estado moral delicioso, durante el cual el alma vive en una especie de somnolencia, en una tranquilidad pensativa que se asemeja al sueño, por más que está uno muy despierto, me ha dejado el más grato recuerdo, pudiendo decir que desde entonces nació en mí esa loca pasión por la bóveda celeste, que desde esa época me ha parecido digna de simpatizar con mis pensamientos, ya tristes ó alegres, ya serios ó insignificantes.

Cuando había permitido a mi imaginación que se extraviase por senderos sombríos, tan oscuros que galopaba a tientas, la dejaba retornar a la luz y contemplar al Sr. de Conprat. Sonreía con el recuerdo de su fisonomía franca, de su risa tan ingenua, de su dentadura tan fresca. Amaba el beso que había estampado sobre mi mano, y experimentaba una verdadera alegría al pensar que, si hubiese realizado mi idea, habría podido besarle en las dos mejillas. Permanecía largo rato bajo esas dulces sensaciones, hasta que llegaba a preguntarme por qué pasaba mi alma bajo esas diversas fases.

Al llegar a este punto delicado, mi imaginación comenzaba a entrar en las tinieblas, en donde luchaba con ideas vaporosas, tan vaporosas que a la desesperada abandonaba la partida para pensar de nuevo en una boca que me había agradado, en unos ojos que me habían sonreído, en una fisonomía que estaba firmemente decidida a no olvidar jamás.

Pero esas personas extrañas, mis ideas, no me dejaban largo tiempo en reposo, y poco a poco volvía a encontrarme en su poder.

Descubrí por fin que estaba enamorada y que el amor era la cosa más deliciosa del mundo. Este descubrimiento me llenó de alegría, primeramente, porque mi vida se encontraba embellecida con un en-

canto que, aunque vago, no dejaba por eso de ser positivo, y después, porque si amaba, estaba de seguro correspondida. Efectivamente, amaba al Sr. de Conprat porque me había parecido encantador, y era indudable que mi presencia había debido producir el mismo estrago en su corazón, puesto que me encontraba encantadora. Mi lógica, envuelta en una inexperiencia absoluta, no iba más lejos y era suficiente para asentar mis razonamientos y hacerme feliz.

Un descubrimiento trae otro, y me puse á pensar que la caridad podía muy bien no haber representado sino un papel muy insignificante en la simpatía que Francisco I manifestaba por las mujeres en general y por Ana de Pisseleu en particular; que el amor no se asemejaba al afecto, puesto que yo adoraba á mi cura, y sin embargo no deseaba jamás abrazarle, mientras que no me habría hecho rogar para dar un par de besos á Pablo de Conprat; que era muy ridículo adoptar un tono misterioso y tratar de esconderse para hablar de una cosa tan natural, en la que, evidentemente, no había ni sombra de nada malo.

— Pero mi cura, pensaba yo, debe tener sobre el amor ideas erróneas y extraordinarias, puesto que, si no puede casarse, no puede tampoco amar. Sin embargo, Francisco I estaba casado, y... ¡No comprendo ni jota!, y es preciso que yo me informe.

Había tal caos en mis ideas que, á pesar de mis desdenosas prevenciones sobre los pareceres del cura, resolví discutir con él este punto escabroso.

El buen señor advertía perfectamente que mi imaginación se encontraba muy perturbada, pero tenía demasiada perspicacia y buen sentido para hacer ver que daba importancia á impresiones á las cuales la provocación de una confidencia hubiera podido dársela en efecto. Trataba de distraerme por todos los medios que estaban en su mano, y tomando el partido de venir todos los días al Buissón, prolongaba la lección indefinidamente.

Estábamos sentados junto á la ventana; mi tía, delicada desde hace algún tiempo, se había retirado á su cuarto; yo estaba distraída y el cura se esforzaba en explicarme sus problemas.

— ¡Mire usted lo que ha hecho, Reina! Ha hecho usted la operación como si fueran kilogramos en lugar de contar por gramos; así es que aquí 3/5 multiplicados por...

— Señor cura, dije, ¿adivina usted cuál es la cosa más deliciosa en la tierra?

— ¿Cuál, Reina?

— El amor, señor cura.

— ¿De qué quiere usted hablar?, exclamó el cura con aire inquieto.

— ¡Oh! De una cosa que conozco muy bien, contesté meneando la cabeza con cierta petulancia. Y hasta me pregunto por qué no me ha dicho usted nunca una palabra de esto, siendo así que se ve todos los días.

— He aquí lo que tiene leer novelas, señorita; toma usted por lo serio lo que no es más que imaginario.

— ¡Qué mal hecho es hablar contra lo que uno siente, señor cura! Demasiado sabe usted que se quiere uno con amor en la vida y que eso es delicioso.

— Asunto es ese impropio de las muchachas, Reina, y usted no debe hablar de él.

— ¿Cómo ha de ser impropio de las muchachas, cuando son ellas las que aman y las que son amadas?

— ¡Qué desgraciado soy, exclamó el cura, en tener que vérmelas con esta cabeza al revés!

— ¡Por Dios, no hable usted mal de mi cabeza, señor cura, pues yo la quiero mucho, sobre todo desde que el Sr. de Conprat la ha encontrado tan bonita!

— El Sr. de Conprat se ha reído de usted, Reina. Esté usted convencida de que la ha tomado á usted por una niña sin consecuencias.

— De ningún modo, contesté ofendida, pues me ha besado la mano. ¿Y sabe usted lo que se me ocurrió en aquel momento?

— ¿El qué?, dijo el cura que estaba sobre espinas.

— Pues, señor cura, me faltó poco para abrazarle.

— ¡Vaya un disparate! No se abraza á nadie sin conocerle.

— ¡Claro está! ¡Pero á él!.. Además, si hubiera sido una mujer no habría tenido semejante idea.

— ¿Y por qué, Reina? No dice usted más que tonterías.

— ¡Oh! Porque...

Un silencio siguió á esta contestación profunda, y yo examinaba por lo bajo al cura, que se agitaba y tomaba un polvo de rapé para disimular su contrariedad.

— Mi querido profesor, dije con un tonillo insinuante, ¿si fuese usted tan amable?..

— ¿Qué hay, Reina?

— Que le haría á usted algunas preguntillas sobre ciertos puntos que me escarabajean en la imaginación.

El cura se echó hacia atrás en su sillón, como un hombre que toma súbitamente una resolución.

— Está bien, Reina, pregunte usted. Vale más hablar categóricamente de lo que le preocupa á usted, que hacer reflexiones inútiles y divagar...

— Yo no divago, señor cura; solamente que pienso mucho en el amor, porque...

— ¿Por qué?

— Nada. En primer lugar, dígame usted, ¿por qué razón si usted me besase la mano lo encontraría ridículo y nada agradable, á pesar de que le quiero á usted de todo corazón, y me sucede todo lo contrario cuando se trata del Sr. de Conprat?

— Pero ¿qué dice usted, Reina?

— Digo que he encontrado muy agradable que el Sr. de Conprat me besase la mano, mientras que si fuese usted...

— Pero, hija mía, su pregunta de usted es absurda, y la impresión de que me habla usted no significa nada ni merece la pena que se ocupe uno de ella.

— ¡Ah!.. Pues no es esa mi opinión. Pienso á menudo en ella y he aquí lo que he descubierto: que si la acción del Sr. de Conprat me ha parecido agradable, es porque es joven y podría ser mi marido, mientras que usted es viejo y que un cura no se casa jamás.

— Ya, ya, contestó maquinalmente el cura.

— ¿No es verdad que al marido se le quiere siempre con amor?

— Claro está, claro está.

— Ahora, señor cura, ¿dígame usted si es verdad que á veces los hombres aman á varias mujeres?

— Yo no sé nada de eso, dijo el cura algo cargado.

— Pues usted debe saberlo. Y sucede también que un marido ama á otra mujer que no es la suya, puesto que Francisco I amaba á Ana de Pisseleu estando casado.

— Francisco I era un calavera, dijo el cura exasperado, y Buckingham, por quien tanto se interesa usted, era otro calavera.

— ¡Dios mío, todos podemos ser iguales, y yo no sé por qué se les acrimina de haber amado á muchas mujeres! La reina Claudia y madama Buckingham se parecerían tal vez á mi tía. Además, acabo de descubrir que no manda uno en sus sentimientos, y no podrían menos de amar, como me sucede á mí...

— ¿Qué dice usted, Reina?

— Nada, señor cura. Pero temo tener un flaco por los calaveras, pues confieso que Buckingham es encantador.

— Pero en fin, hija mía, yo he tratado de explicar á usted ciertas cosas desde que lee usted Walter Scott, y veo que no ha comprendido usted nada.

— Oígame usted, mi querido señor cura, las explicaciones de usted no son muy claras, y ¡hay tantos puntos oscuros en mi cabeza!.. ¡Es tan singular todo eso! En fin, explíqueme usted ¿por qué el amor excita su indignación?

— Reina, dijo el cura fuera de sí, ¡basta, basta! Hace usted unas preguntas tan singulares que es imposible contestar á usted. Hablo á usted con toda seriedad; hay asuntos sobre los que no debe usted hablar y que no puede usted comprender, porque es usted muy joven aún.

El cura agarró su sombrero y se fué. Corrí tras de él y le dije para despedirle:

— Usted dirá lo que quiera, mi querido profesor, pero conozco perfectamente el amor; es la cosa más deliciosa del mundo. ¡Viva el amor!

El cura estuvo dos días sin venir al Buissón, y arrepentida de haberle hecho rabiar tanto, al tercer día me dirigí hacia su casa para pedirle perdón. Le encontré en su cocina, delante de un modesto almuerzo que devoraba con tanto afán como apetito.

— Señor cura, dije con tono relativamente humilde, ¿está usted enfadado?

— Algo, hija mía; no me quiere usted escuchar nunca.

— Le prometo á usted no volver nunca á hablar del amor.

— Trate usted sobre todo, Reina, de no pensar en cosas que no puede usted comprender.

— ¡Oh! Que yo no puedo comprender..., exclamé llena de entusiasmo; comprendo perfectamente, y á pesar de todos los curas del universo, sostendré que...

— Vamos, interrumpió el cura descorazonado, ¿volvemos á las andadas?..

— Tiene usted razón, señor cura; pero aseguro á usted que un cura no entiende nada de todo eso.

— Y Reina de Lavalle tampoco. Luego iré á dar á usted lección, hija mía.

De este modo terminó la disputa más grave que tuve con mi profesor.

Entretanto transcurrían los días y Pablo de Conprat no venía, lo que era fatal para mi sistema nervioso, pues empezaba á notarse en mí una irritabilidad de mal augurio. Al mes de la memorable aventura había perdido todas mis ilusiones, mi tranquilidad; se apoderó de mí el fastidio y una gran tristeza.

Entonces fué cuando el cura se incomodó con mi tía, que acabó por despedirle.

Sentada junto á la ventana de la sala, oí la siguiente conversación:

— Señora, dijo el cura, vengo á hablar á usted de Reina.

— ¿Con qué motivo?

— Esa criatura se aburre, señora. La visita del señor de Conprat ha abierto en su imaginación horizontes que ya se habían entreabierto con algunas novelas que había leído. Esa niña necesita distracción.

— ¡Distracción! ¿Dónde quiere usted que la busque? No puedo apenas menearme, estoy enferma.

— Ya lo sé, señora; por eso no cuento con usted para distraerla. Hay que escribir al Sr. de Pavol y rogarle que se haga cargo de Reina durante algún tiempo.

— ¡Escribir al Sr. de Pavol!.. ¡Qué disparate! La niña no querría luego volver aquí.

— Es muy posible; pero eso es una consideración secundaria de la que luego nos ocuparemos. Además, está destinada á vivir un día ú otro en medio de la sociedad, y me parece necesario que cambie un poco su existencia y que empiece á ver cosas de las cuales no tiene la menor idea.

— No estoy conforme, señor cura; Reina no saldrá de aquí.

— Pero, señora, interrumpió el cura, que se iba enardeciendo, repito á usted que es urgente. Reina está triste, su imaginación es viva y trabaja mucho, estoy cierto que se imagina estar enamorada del Sr. de Conprat.

— ¡Lo mismo me da!, dijo mi tía, que era completamente incapaz de comprender los razonamientos del cura.

— Alguien ha dicho que la soledad es el abogado del diablo, señora, y es muy exacto tratándose de la juventud. La soledad es funesta para Reina; un poco de distracción la hará olvidar lo que no es, en suma, más que una niñada.

«¿Cómo es posible que un cura tenga ideas tan raras?, me preguntaba yo á mí misma. ¡Tratar tan ligeramente un asunto tan serio y figurarse que yo podría llegar á olvidarme del Sr. de Conprat!»

— Señor cura, dijo mi tía con tono seco y desabrido, mézclese usted en aquello que le concierne. Yo obraré como me parezca, y no como le parezca á usted.

— ¡Señora, yo quiero á esta criatura con todo mi corazón y no me conviene que sea desgraciada, contestó el cura con un tono que jamás le había oído emplear. Usted la ha enterrado en el Buissón; jamás le ha dado usted el gusto más pequeño, y puedo decir que sin mí hubiera vivido en la ignorancia más completa, llegando á ser una planta salvaje ó poco menos. Repito á usted que hay que escribir al Sr. de Pavol.

— ¡Esto es demasiado!, exclamó mi tía, furiosa. ¿Quién manda en mi casa? ¡Salga usted de aquí, señor cura, y no vuelva más á pisar esta casa!

— Está bien, señora: ya sé ahora lo que debo hacer, y veo claramente hoy que si no he obrado antes, es porque estaba ciego por el placer egoísta de ver constantemente á mi querida discípula.

El cura me encontró llena de angustia á la salida.

— ¡Es posible, señor cura!.. ¡Haber expulsado á usted de esta casa por causa mía!.. ¿Qué va á ser de nosotros si no nos volvemos á ver?

— ¿Ha oído usted la discusión, hija mía?

— Sí, sí, estaba junto á la ventana. ¡Ah! ¡Qué mujer!, ¡qué!..

— Vamos, vamos, cálmese usted, siguió diciendo el cura, que estaba con el semblante arrebatado y todo tembloroso. Esta misma noche escribiré á su tío de usted.

— Escriba usted en seguida, señor cura. ¡Con tal de que venga pronto por mí!

— Así lo espero, contestó el cura con una dulce sonrisa no ajena de cierta tristeza.

Pero diferentes quehaceres le impidieron escribir aquella misma noche al Sr. de Pavol, y al día siguiente, mi tía, que luchaba hacía algunas semanas contra la enfermedad, cayó gravemente enferma. Cinco días después, la muerte llamaba á las puertas del Buissón y cambiaba la faz de mi existencia.

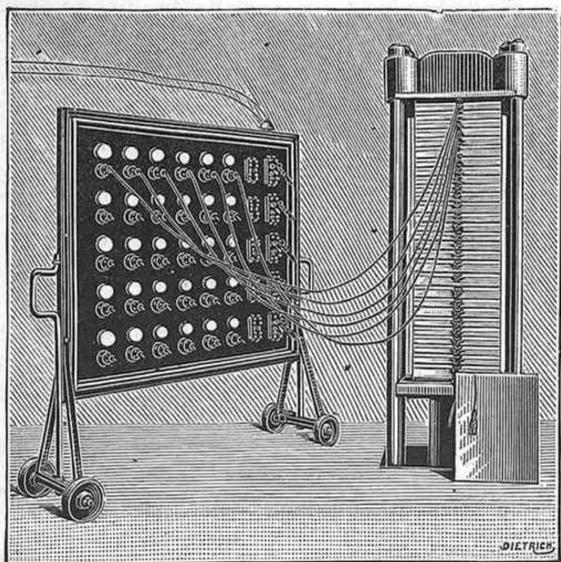
(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PRENSA DE APRESTOS
CALENTADA POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

Para aprestar ciertos tejidos, así como para obtener efectos de *moiré*, de relieve, etc., se utiliza la prensa hidráulica, en la cual y entre planchas calentadas se coloca la tela ó el papel.

La calefacción de estas planchas se obtiene poniéndolas en el horno; pero este sistema tiene el inconveniente de que durante el trabajo aquéllas se enfrían, á consecuencia de lo cual la acción conseguida no es regular. De aquí que se haya concebido la idea de calentar las planchas por medio de la electricidad, estableciendo de esta suerte una prensa eléctrica. El grabado que publicamos reproduce la que ha instalado en Chemnitz M. Emilio Claviez: la corriente, procedente de una dinamo, llega á un distribuidor, desde donde es conducida á cada una de las planchas de la prensa; éstas son huecas y contienen hilos dispuestos en espiral que oponen resistencia á la corriente y producen la calefacción.



Prensa de aprestos calentada por la electricidad

Este dispositivo es, como se ve, sumamente sencillo y tiene además la ventaja de que con él puede regularse á voluntad la intensidad de la calefacción y obtener por ende los efectos que se deseen.

La instalación constituye una novedad que seguramente interesará á gran número de industriales. — V

* * *

HISTORIA DE LOS COCHES AUTOMÓVILES

El primer coche de vapor fué debido á José Cugnot, quien nacido en Lorena el 25 de septiembre de 1723, había pasado su juventud en Alemania, en donde estudiara con gran afición la mecánica y en donde encontró muy pronto un empleo de ingeniero. Vivió después en los Países Bajos, y no tardó en llamar la atención del mariscal de Sajonia por haber inventado un nuevo modelo de fusil que en seguida fué adoptado para el armamento de los uhlanos. Animado por este primer éxito, trasladóse á Bruselas y resolvió construir carretones de vapor que destinaba al transporte de cañones y material de artillería.

Cugnot fué á París en 1763 resuelto á proseguir sus trabajos y consiguió construir un modelo de coche de vapor que terminó en 1770. Una antigua memoria de los *Archivos de Artillería* dice que el aparato de Cugnot fué examinado por el general Gribeauval y que el ministro Choiseul se proponía pedir al inventor que hiciese funcionar el aparato delante de él; pero habiendo sido al poco tiempo desterrado el ministro, el coche, según consigna el ponente L. N. Rolland, comisario general de artillería, se quedó sin pruebas.

La tradición cuenta que Cugnot ensayó su máquina y la hizo funcionar; pero en una prueba desgraciada, el coche desvióse de su camino y fué á chocar contra una pared de cerca que se vino al suelo, quedando interrumpidos los ensayos.

En 1793 el Comité de Salud Pública quiso desmontar esa máquina para hacer de ella armas; pero algunos oficiales de artillería pudieron evitar esta destrucción, y en 1799 fué hallada intacta por Mollard, conservador del Conservatorio de Artes y Oficios, que la reclamó para las galerías de este establecimiento, adonde fué llevada en 1801 y en donde está todavía, siendo examinada con interés por los visitantes. Este

coche, que nuestros lectores pueden ver reproducido en la figura 1, era movido por una máquina de vapor de efecto sencillo; comprende dos cilindros de bronce, y la caldera, montada en la parte delantera, iba cubierta por una capa de tierra refractaria que formaba cuerpo aislador. Este vehículo, que tiene tres ruedas, constituye un verdadero triciclo.

Cugnot murió en 1804.

En 1786 un americano de Pensylvania, Oliverio Evans, que hacía tiempo se ocupaba de trabajos mecánicos, construyó una máquina de vapor de alta presión que quiso utilizar para el funcionamiento de un coche, pero fué muy mal acogido por sus conciudadanos. Trasládóse á Filadelfia, en donde trabajó y ganó algún dinero, pudiendo entonces comenzar á construir su coche de vapor, y en 1800, después de haber gastado cuanto poseía, tuvo la satisfacción de ver funcionar su vehículo. Entonces emprendió la fabricación de sus máquinas de alta presión y llegó á crear vastos talleres en Filadelfia; pero en 1819 un incendio destruyó por completo su fábrica, y el desgraciado inventor, que tenía el proyecto de dedicarse nuevamente á su coche, murió del disgusto.

Oliverio Evans había enviado á menudo sus planos á Inglaterra, en donde los conocían algunos ingenieros. Dos mecánicos de Cornuailles, Trevithick y Vivian, construyeron en 1801 máquinas de vapor de alta presión análogas á las de Evans, y también se dedicaron á la fabricación de coches de vapor. La figura 2 representa el coche fabricado por estos constructores: el vehículo estaba á bastante altura sobre el nivel del suelo; en la trasera, entre las dos ruedas, había un sólido marco de hierro, fijado en el eje, que servía de apoyo al hogar, alrededor del cual un depósito de agua, se calentaba y enviaba el vapor á un cilindro horizontal. El pistón de este cilindro llevaba un vástago que por medio de un sistema de engranajes determinaba la rotación de las ruedas del coche y le hacía avanzar.

Este aparato ofrecía algunos mecanismos ingeniosos, pero distaba aún mucho de constituir un sistema práctico para funcionar en los caminos. Los inventores reconocieron la imperfección de su obra y la convirtieron en un vagón que se deslizaba sobre rieles en las minas; el éxito, sin embargo, no correspondió á sus esfuerzos que, esto no obstante, merecen ser citados.

Mucho se habló en Inglaterra de los experimentos de Trevithick y Vivian; pero hasta 1827 no llegamos á la construcción de otro curioso coche de vapor, debido á un mecánico llamado Gurney: el grabado de la época, que reproduce el aspecto del mismo (fig. 3), nos dispensa de hacer una larga descripción del carruaje, por lo que nos limitaremos á traducir la leyenda que aparece al pie de la composición del dibujo: Dice así:

«El conductor va sentado delante y maneja el timón de las dos ruedas; al alcance de su mano, á la derecha, tiene también otro timón unido al principal tubo de vapor. De esta suerte asegura la marcha del vehículo. En la parte posterior de éste está la máquina que produce el vapor, el cual pasa por los tubos á los

en una hora y caben en él seis pasajeros en el interior y doce en el exterior. El cajón delantero es para los equipajes. El inventor de este coche es Mr. Goldsworthy Gurney.»

Este coche ha funcionado, pero no tenemos de él

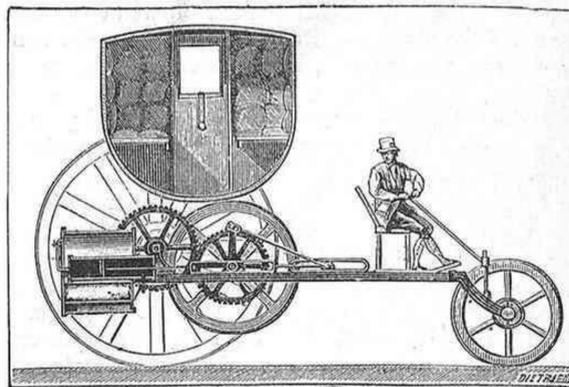


Fig. 2. — Coche de vapor de Trevithick, construido en 1801 (reproducción de un grabado inglés)

más que el grabado y su leyenda, la cual da una descripción poco completa, sin hablar de los experimentos realizados ni dar el menor detalle acerca del motor.

En 1833 un ingeniero italiano hizo funcionar en Birmingham otro coche de vapor, pesado y macizo, que era movido por una máquina de vapor; podía contener gran número de pasajeros y constaba de tres ruedas como el de Cugnot: nada se sabe de los experimentos ejecutados con este vehículo ni de la disposición de su mecanismo.

Nos ha parecido interesante recordar los esfuerzos de estos precursores del coche automóvil, que han preparado y presentado la solución de un problema que hoy puede considerarse como resuelto.

Las carreras de carruajes mecánicos que han de verificarse dentro de poco en Francia permitirán al público fijar su atención sobre las construcciones, muchas de ellas notables, que en nuestros días se ha conseguido hacer funcionar de un modo práctico.

GASTÓN TISSANDIER

* * *

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

M. Picard, comisario general, ha sometido á la comisión superior una memoria completa con los correspondientes planos, en la que se trazan las líneas generales de la próxima exposición y de la cual vamos á dar un extracto.

Principios generales y distribución del plano. — La dirección de Arquitectura se ha inspirado en las diversas composiciones premiadas en el concurso con una amplitud de miras que honra á M. Bonvard, director de los servicios de arquitectura, y á sus dignos colaboradores.

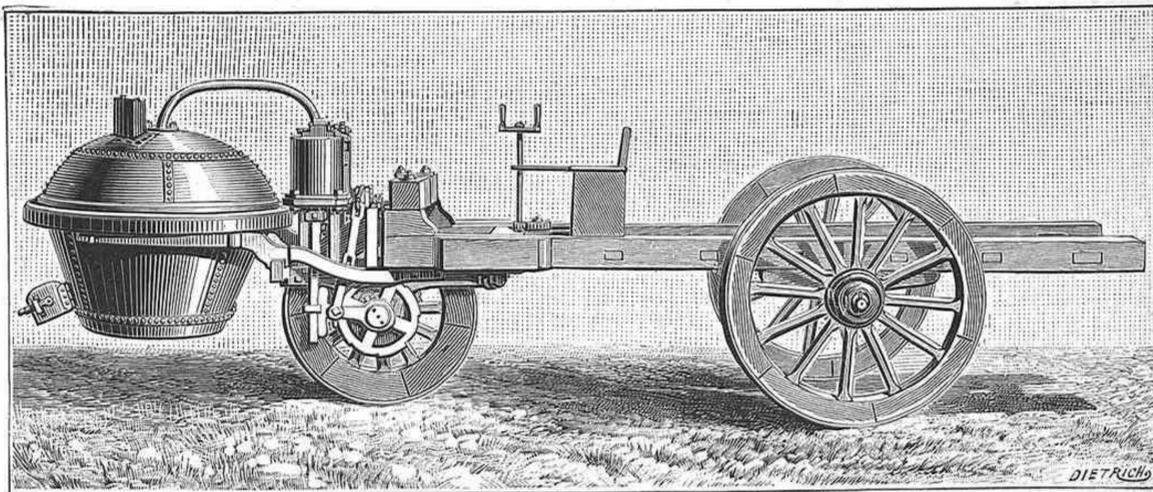


Fig. 1. — El primer coche de vapor de Cugnot, probado en 1770, actualmente expuesto en el Conservatorio de Artes y Oficios de París.

cilindros colocados debajo del carruaje y pone en movimiento las ruedas traseras. El depósito, que contiene unas 200 cuartas de agua, está situado en la caja, que ocupa en toda su longitud y latitud: las chimeneas están detrás, y como para la combustión se emplea el cok, no se produce humo, al paso que el aire caliente, poco en cantidad, se disipa con el movimiento del coche. En las paradas se hace provisión de agua y combustible. La longitud del coche es de 15 á 20 pies y su peso de unas dos toneladas; puede andar de una y media á dos léguas alemanas

El motivo principal de la exposición será el Sena, cuyas orillas se adornarán convenientemente y en el cual se celebrarán fiestas venecianas. Por vez primera en una gran empresa de este género el Campo de Marte, la Explanada de los Inválidos y los Campos Elíseos estarán reunidos dentro del recinto de la exposición.

El *clou* de ésta será una inmensa perspectiva de 60 metros de ancho que partiendo del lugar que hoy ocupa el Palacio de la Industria atravesará el Sena por un puente de acero de un solo arco y terminará

en la explanada de los Inválidos. La creación de esta perspectiva exige la demolición del citado palacio, cuya existencia no ha podido prolongarse á pesar de haberse para ella intentado gran número de combinaciones. En cambio subsistirá la torre Eiffel, primero porque su demolición resulta muy cara, y segundo porque se supone, con razón, que aún quedan muchos extranjeros deseosos de contemplar desde sus plataformas el inmenso panorama de París.

La entrada de honor de la exposición estará en los Campos Elíseos.

Distribución de los edificios, parques y jardines. — Al entrar en la exposición los visitantes encontrarán á la derecha los pabellones de la Administración, de la Educación y de la Enseñanza. A la derecha también y haciendo frente á los Inválidos, se levantará el Palacio de Bellas Artes, á la izquierda, frente á éste, el de la Exposición retrospectiva del Arte francés: estos dos edificios subsistirán aun despues de la exposición. La explanada será dedicada al arte decorativo en todas sus manifestaciones.

En la orilla derecha del Sena, desde el puente de los Inválidos al del Alma, estarán el Palacio de la ciudad de París, la Horticultura, la Economía social y los Congresos: en la izquierda, desde el puente de los Inválidos al Campo de Marte, se erigirán los pa-

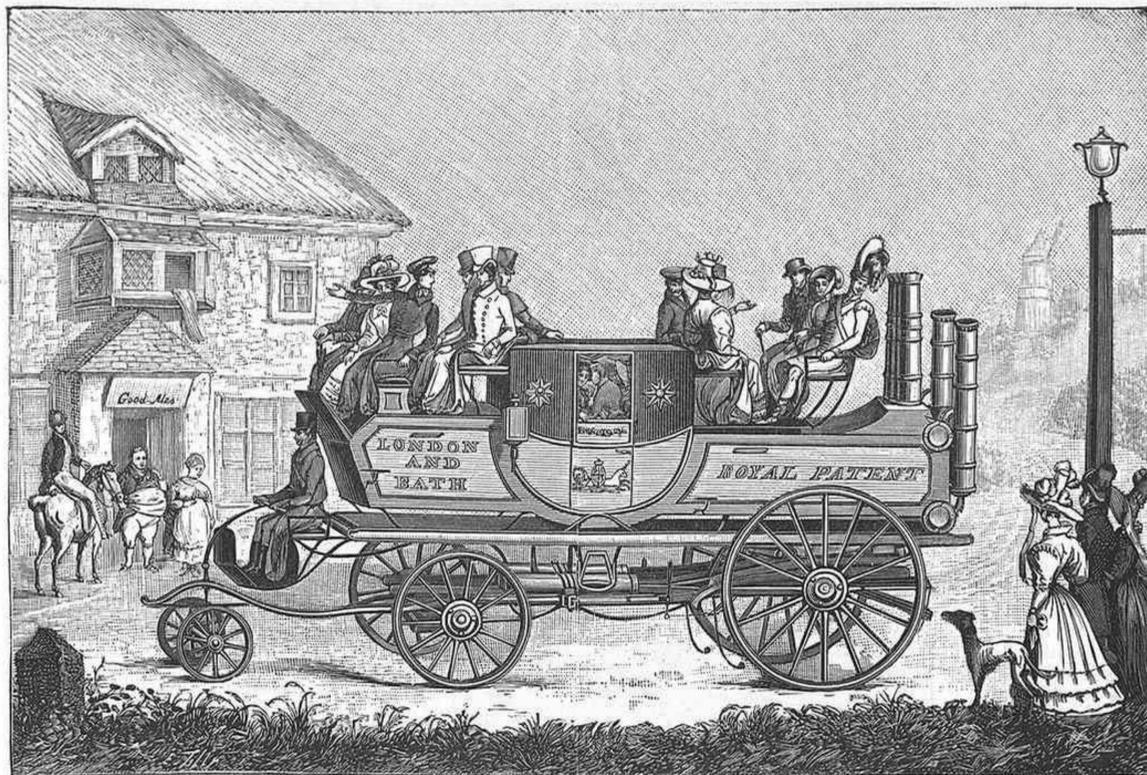


Fig. 3. — Coche de vapor de Gurney, probado en Londres en 1827 (copia de un grabado inglés)

lacios de las naciones extranjeras y los edificios para el ejército, la marina, los bosques, la caza y la pesca.

En el Trocadero se situarán las instalaciones de Argel, Túnez y demás países sometidos al protectorado de Francia. En el Campo de Marte se instalarán las grandes industrias y la producción agrícola. La electricidad ocupará un grandioso palacio de cristal que se construirá delante de la galería de máquinas de 1889, la cual será convertida en salón de fiestas.

pio de París, habiéndose ideado ya varias combinaciones que harán esta carga lo menos onerosa posible.

Tal es á grandes rasgos el anteproyecto de la exposición de 1900 presentado por su comisario general, pudiendo asegurarse desde luego que aumentarán el valor y los atractivos del plan trazado oficialmente los proyectos de iniciativa privada que en gran número contribuirán al mayor éxito del certamen.

(De La Nature)

MAX. DE NANSOUTY

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARRROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^r DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PECAS (Taches de Rousseau)
 Salvado, pecas, máscara, bochorno, granos y puntos negros son destruidos en algunos dias sin alterar la piel ni la salud por la maravillosa é incomparable **LECHE del D^r H. DE SEGRÉ.**
 Acción segura, perfume suave, última palabra del progreso. El frasco 5 francos París; 6 fr. franco estación, contra mandato. **CASA S-JUST**, 304, rue Saint-Honoré, y en buenas perfumerías.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos **Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION ASMA**
 y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata. J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, París.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
 Con loduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA COLORES PALIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
 Exijase la Firma y el Sello de Garantía. — Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — **PRECIO: 12 REALES.**
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CYCLES IMPERATOR DUGOUR Y C^{ia} Constr.
 81, Faubourg, Saint-Denis, en París
 Velocipedos de precisión Excelentes neumáticos. Fr. **225**
 Catálogo gratis. — Exportación

ENFERMEDADES del ESTOMAGO Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - CASTRALCIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**
 BAJO LA FORMA DE **ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la **Clorosis**, la **Anémia**, las **Menstruaciones dolorosas**, el **Empobrecimiento** y la **Alteracion de la Sangre**, el **Raquitismo**, las **Afecciones escrófulosas y escorbúticas**, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloracion** y la **Energia vital**.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRE, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

ENFERMEDADES del ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PUREZA DEL CUTIS en París LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 B^o St-Denis, 148
 CANDES et C^{ie}

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

PIMPOLLOS, por *J. Torrendell*. - No hace mucho tiempo, á propósito de un folleto sobre el ensayo dramático *Teresa*, de D. Leopoldo Alas, pudimos presentar á nuestros lectores como crítico notable al Sr. Torrendell, quien en *Pimpollos* ha reunido cuatro cuentos ó novelas cortas, llenas de atractivos bajo todos conceptos, así en el fondo que revela al escritor realista convencido, apasionado por el estudio y reproducción de la vida real, como en la forma con que reviste sus bellísimas concepciones, dándoles cuerpo en estilo claro, sobrio, exento de lirismos y de cuanto á convencional trasciende. Aunque bien se advierte la influencia que en él han ejercido los modernos novelistas franceses, el Sr. Torrendell tiene personalidad propia, pues si acepta las enseñanzas de aquéllos es para armonizarlas con su manera especial de pensar y de sentir, que da verdadera originalidad á sus obras. *Pimpollos*, que lleva una interesante semblanza del Sr. Torrendell, escrita por el reputado literato uruguayo Eduardo Ferreira, ha sido editado por D. Inocente López, y se vende en las principales librerías á tres pesetas.

ESTUDIOS PENITENCIARIOS, por *D. Francisco Murcia Santamaría*. - El autor de este libro, ayudante de segunda clase del cuerpo especial de establecimientos penales, trata en él, como el título lo indica, de una materia interesantísima, especialmente en España, cuyos establecimientos penitenciarios necesitan de una esencial reforma que los ponga á la altura que hoy exige en todos los pueblos civilizados la moderna ciencia penal. A esto tienden los capítulos de la interesante obra del Sr. Murcia Santamaría: en ellos se estudia lo que debe ser el régimen interior de una prisión tal como ha de funcionar un establecimiento de esta clase para que en él pueda conseguirse el fin moralizador de la pena, y se analizan las reformas que para conseguir este fin habrían de introducirse en nuestra actual organización penitenciaria, demostrando el autor grandes conocimientos en tan importante asunto. El libro, impreso en Burgos (imprenta de Agapito Díez y Compañía), se vende á tres pesetas cincuenta céntimos.



EL GIGANTE EGIPCIO HASSÁN ALÍ (de fotografía de Retlaw, Edimburgo)

BOTONES DE MUESTRA, por *A. Sánchez Pérez*. - **ROMANCES Y OTROS EXCESOS**, por *Tomás Luceño*. - **GRITOS DEL ALMA**, por *Teodoro Guerrero*. - Tres firmas á cual más conocida llevan las composiciones que forman estos tres tomos de la Colección Diamante, que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Inocente López. Los Sres. Sánchez Pérez, Luceño y Guerrero son suficientemente conocidos del público para que no sea menester elogiar los libros que dan á la estampa. Omitimos, pues, toda alabanza por nuestra parte y nos limitamos á consignar que los tres tomos citados son dignos de tan distinguidos literatos, que han sabido conquistarse cada uno en distinto género un alto y merecido puesto en la literatura patria. Estos tomos, como todos los de la Colección Diamante, se venden al precio de dos reales cada uno.

ALGO DE LETRAS, por *Enrique Redel*. - En otras ocasiones nos hemos ocupado de este distinguido poeta cordobés, que en *Algo de letras* se nos presenta como buen observador y crítico y como elegante prosista. En una carta-prólogo que precede á los artículos coleccionados en este libro, el notable literato D. Jacinto Octavio Picón pone de relieve las brillantísimas condiciones que adornan á Redel, «su espíritu de justicia y moral bien entendidas, su fértil imaginación, sus juveniles atrevimientos, y en una palabra, cuanto constituye el fondo de su talento y su pintoresca fuerza de imaginación.» Con copiar estas palabras creemos hacer el mayor elogio del libro del Sr. Redel, que se vende en las principales librerías de Madrid y Córdoba al precio de una peseta cincuenta céntimos.

PERFILES Y SEMBLANZAS, por *Julio Pellicer*. - De los diez artículos que contiene este libro del joven escritor cordobés, cinco son cuadros de costumbres populares, narraciones sencillas hábilmente desarrolladas y llenas de notas de color que sólo pueden obtenerse estudiando con gran espíritu de observación el natural; los otros cinco son biografías, semblanzas y estudios de otros tantos artistas cordobeses, y en ellos se acredita de crítico el Sr. Pellicer. Avaloran estas cualidades un lenguaje elegante y sobre todo muy español. *Perfiles y semblanzas*, impreso en Córdoba, se vende á dos pesetas cincuenta céntimos.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con-bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECO y de los INTESTINOS.

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. - Depósito **ROCHER**, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS. Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS**. EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS Y NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, PARIS
En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljas, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Espediciones: **J.-P. LAROZE & C^o**, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN NEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por esencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al vino de Quina de Aroud.
Par mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN